This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

[redacted]

G868.8 S0782J LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.8
S-782j

[redacted]

This Book is ... the Latest Date Stamped

FRANCISCO SOTO Y CALVO

EL JURADO
DE LAS SOMBRAS

Misericordias Dni in æternvm cantabo.

CHARTRES
IMPRENTA DE DURAND
RUE FULBERT

1902

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

« . . . . . .
. . . como quiē vee cosas que van muy adelante de lo que puede entēder . . . . . »

Segunda relacion a vnos cofessores :

TERESA DE JESÚS.

950050

EL JURADO DE LAS SOMBRAS

« ¿What hands are here? Ha! they pluck out mine eyes!...
To know my deed 'twere best not know myself ».

Macbeth, II, 2.

SHAKESPEARE.

« Hi sunt impietatis filii, qui ut flagitia sua exsequi possint..... fratres expellunt, et denique judicem habere nolunt ».

De Monarchia. Lib. III, cap. III.

Dante ALIGHIERI.

« Cet homme a pour prison l'ignominie immense,
On pouvait le tuer, mais on fut sans clémence,
Il vit ».

La Légende des siècles. Le temps présent.

V. HUGO.

« Si pretendiésemos ser lógicos, nos expondríamos á encontrar personas que acusar hasta en las bancas de los que dictan la ley, ó de los magistrados que administran justicia ».

Discurso de la Legislatura.

Félix FRÍAS.

I

VISIÓN DEL POETA

¡Presto, albañiles! Grandes y chicos
Moved los picos sin descansar...
¡Caigan las ménsulas, salten pretiles;
Y de las puertas los abanicos,
Las viejas jambas y hasta el umbral!

Hoy demolemos... pero mañana
Crecerá ufana sobre el plantel
La selva pródiga, donde veremos
La savia virgen americana
Con nueva pompa reverdecer...

De nuestros nombres tal vez no quede
Cuando el sol ruede al septentrión,
Ni aun el sonido... ¡Pasan los hombres!
Solo la tierra, próvida, puede
De lo perpetuo dar la ilusión!

Mas si hasta el llano que se transforma
De nueva norma por la virtud,
Muestra lo efímero del hombre y vano,
El alma límpida no se conforma
Con extinguirse como una luz.

Si entre el cascajo de lo que ha sido
Rueda al olvido la gente al fin,
Porque perpetuo triunfe el trabajo
Pisan cimientos de lo derruido
Las construcciones del porvenir.

Sano y fecundo fervor llevemos...
Si demolemos sea sin hiel.
De aquel que el odio sembró en el mundo
La impía casa por tierra echemos
Á Dios rogando perdón para él.

¡Presto albañiles! Grandes y chicos
Moved los picos sin descansar...
¡Caigan las ménsulas, salten pretiles,
Y de las puertas los abanicos,
Las viejas jambas y hasta el umbral!

*
* *

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

Tal, en la tarde soñolienta, cuando
El sonante cavar de la piqueta
De Palermo en el bosque resonando,
Con los solemnes cantos del obrero
Palpitaba en los juncos de la orilla
Del caudaloso Plata, la secreta
Voz del eco muriente, á la avecilla,
Á la brisa, á la bestia, al hombre mismo,
Respeto impuso.
Del tirano Rozas
La mansión que encerrara el salvajismo,
Era ya ruinas...
Por el mustio cielo
En cuanto el sol se desplomó al abismo,
Cada vez apurando más su vuelo
Se acercaba la noche, ave nocturna
Que sobre el hondo espacio se cernía
Llenando con sus alas la amplia urna;
Y como haciendo despertar con ellas
Y sus ojos abrir, á las estrellas
Que hasta entonces durmieron...
Se diría,
Al sentir distanciarse aquel retumbo
Del canto que en la tarde se perdía,
Que el rumor que el obrero producía,
De las ciudades y la vida el rumbo

Iba buscando... Como el ave ansiosa
Que, viendo anochecer, gana el boscaje
Do tiene el nido...
Lejos, misteriosa,
Desplegando el brillar de su ropaje
Cual alba de oro que á anunciarse empieza,
Comenzaba á alumbrarse Buenos-Aires
Con el halo de luz de su riqueza.

Á medida que el ruido se acallaba,
La aurora nocturnal de los fanales
Su abanico sangriento desplegaba;
Y cual se acrece en el oriente el día,
El fulgor de sus limpios luminares
Con rapidez de incendio se acrecía...
Aquella vida del emporio activo
Tornaba aun más austero y más sagrado
El silencio en que hallábase arropado
De Palermo el derrumbe vengativo.

*
* *

El ave de la sombra vespertina
Que rasaba la tierra en aquel punto,
Lanzó siniestro y rápido graznido;
De esos, con que la gente campesina,

Dice que el ave saludó al difunto
Cuya alma en busca de oración camina...
Y ensordeciendo el lúgubre volido,
Gasa sutil que en el terral resbala,
Fundiendo pronto en la negrura el ala
Se perdió como un nombre en el olvido...

*
* *

Con sus recuerdos y la Muerte, solo,
Huésped fatal de su revuelta entraña,
El caserón de Rozas formidable
Que el simple obrero derrumbó con saña,
En la insondada soledad del campo,
Quieto quedó como una iglesia extraña;
Donde al sonar un místico conjuro,
Fueran á entrar en duelo innominado,
Los errores y el crimen del pasado
Con las piedades justas del futuro,
Que el Profeta soñó...

Que también tiene
La materia al mortal encadenada,
Como el mortal su juicio y sus pensares;
Y el alma de los hombres se conviene
Con el alma infinita de los mares,

950059

Del cielo y de la tierra... que ella alcanza
Genial á interpretar...

En las desiertas
Sordas profundidades del crepúsculo,
Los monótonos cantos ya extinguidos,
Sonaron del Poeta en los sentidos
Como la voz de las edades muertas
Que en la hosca mar de lo que fué se hundieron
Para nunca volver...

¡Oh, voz sublime!
¡Oh, conmiseración! Éres rocío
Que, hasta el humano corazón que gime,
Destila el cielo desde la alta meta
Siempre anhelada...

Que el Señor dispuso,
Ecos austeros de su voz secreta:
El trueno en lo alto, para el buen labriego
Cuyo sembrado le demanda riego
Cuando el fulgor canicular lo agrieta;
El rumor de la playa, para el náufrago
Que va en la noche sobre el mar adverso;
Y en las humanas turbas al Poeta,
Cuyos designios nobles interpreta

Hablando al son del cadencioso verso.
Pero distinto el vate á la natura
De que es hijo y señor, juguete y freno,
Transforma las desdichas en ventura:
Y lo que fué al temor vibrante trueno,
Él lo vuelve en su cántico sereno
Eco inmanente de Ideal ternura.

Por eso aquella tarde misteriosa
Cuando del todo ya en sopor fundido
Y en sombra nocturnal quedó Palermo,
Como pasa la angustia sobre el yermo
Donde algún grave mal se ha cometido,
Pasó siniestro en la región del Parque
Toda vida mortal desalojando,
Un viento milagroso, que la ruina
Hasta en su asiento sacudió silbando...
Y en un muro á la vida impenetrable
De pronto la rodeó...

*
* *

Viérase, entonces,
Del solar entre el mudo cataclismo,
Surgir de tierra por su impulso mismo,
Muro tras muro, cámara tras cámara,

De la morada lúgubre la mole
Que tanto al hombre derribar costóle,
Tal como, al tigre que asolara el Plata,
De atroz manida y de cubil sirvióle.

Iluminado por su historia ingrata
Se entrevió el mirador; luego el redondo
Y agreste palomar; la columnata
Que sustentara el corredor... al fondo
Del cual, el banco, apareció, en que Rozas
Huyendo las visitas bulliciosas
Solía descansar; y luego, al frente
De éste, en la noche y el silencio envuelto,
Brotó sus aguas (que secó la mano
Del pueblo vengador), el turbio lago
Que el Dictador cavara en la campiña
Chata y herbosa... desmayóse el sauce
Con lluvia de guedejas en las ondas
Que lamieron su pié, do en tiempo aciago
El astuto señor templó en el cauce
Con su fiebre su atroz remordimiento;
Y, descollando de las verdes frondas
Que antaño en aquel sitio se elevaron,
Los tres ombúes negros desplegaron
Su rumorosa enramadura al viento
Que en otra edad corrió... Y entonce austera,

En el ambiente reflexivo y calmo,
Se destacó por fin la casa entera,
Que al dictado potente de su ensalmo
La Inmanente Bondad reconstruyera.
Todo quedó como en un tiempo estaba:
Solo la vida, la tremenda vida
De aquella edad de perversión faltaba!

Ya no andaban llenando el edificio
De su inquietud terrible y su bullicio
En corte de impulsores y serviles
Acompañando al gran tirano, fieles,
Con las tímidas gentes los sicarios;
Que instigando los ímpetus crueles
Del Dictador, cubrieron de laureles
No solo sus aciertos bien precarios,
Sino hasta los instintos sanguinarios
De ensañada crueldad de sus lebreles.

*
* *

Mas si no hervía como un tiempo hirviera,
La cueva del tirano y sus pecados,
Estaba como viven, de recuerdos
Y de sombras sin nombres habitados,
Los recintos, un día bulliciosos,

Que la Muerte y el Tiempo, rencorosos,
Dejaron... ¡ay!... para el mortal vedados.

*
* *

Reflexionaba el ámbito en silencio
Cual si fuera un mortal; y se diría,
(Si pudiera infringirse el fiel reposo
En que la santa voluntad hundía
Aquel local un tiempo bullicioso),
Que aun en sus muertos ecos conservaba
El hervor del trabajo; las febriles
Voces de mando que el Patrono daba;
Y el canto de los peones albañiles
Que, en las calientes horas de aquel día,
Al afán de la empresa que acababa,
Del gran tirano Rozas demolieron
La antigua habitación...

II

AMBIENTE DE BONDAD

Todo callaba.
Un punto, empero, el corazón enfermo
Comenzó á dilatarse de Palermo;
Y Palermo vivió...
Mas no la vida
Con que saca el Señor del antro triste
Lo que su santa voluntad despierta;
La vida remanente en que persiste
Con la conciencia del vivir perdida,
La esencia antigua de la edad ya muerta,
Que Dios evoca...

*
* *

Entonces silenciosa,
Cual destila la niebla fatigosa

Su llovizna de invierno... ó como pena
Que las entrañas del culpable llena,
Á la honda soledad que padecía,
Descendió desde el seno del ambiente
La humedad taciturna del relente
Que aun más el triste estadio ensombrecía.
Y la lluvia de gotas que caía
Esmaltando la tierra lentamente,
Con rocío de lágrimas ardiente
De sepulcral aspecto la vestía.

Pues era la humedad que trasudaba
Sobre el tremendo sitio y sus escombros,
No el bonaerense nocturnal rocío
Que el pasto de las Pampas empapaba;
Sino que por milagro sorprendente,
Las lágrimas aquellas del relente
Que esa noche cual nunca gotearon,
Eran el llanto... ¡ay Dios!... que derramaron
En un tiempo las madres argentinas,
Que, de Rozas las turbas asesinas,
Viudas, sin hijos, y sin pan dejaron.

*
* *

De humedad tan extraña los vapores

Fundiéronse al principio en gasa leve
Que fluida se expandió...

Sus voladores
Celajes, se espesaron muy en breve;
Y, cual suele de incienso la ágil nube
Que en el cielo remóntase volando
Mil caprichosas formas dibujando,
Los celajes formaron un Querube,
Que envuelto en impalpables vestiduras,
Al blando impulso de sus alas puras
Sobre el negro recinto fué flotando...

Sus ideales formas descubrían
Besos del Cielo, las divinas galas;
Y las virtudes cándidas lucían
Como gotas de aljofar, que corrían
Sobre el plumaje de sus níveas alas.
Nada era en él á la natura extraño;
Mas no su cuerpo marchitó la tierra
Con el deleite, á lo eternal huraño:
Exhalación de amor, recién surgida
Del hervor de las penas maternales
(Que es lo más santo que este mundo anida)..
Sublimado en los filtros divinales
El beso aquel de gracia y luz de cielo,

Solo bajaba á derramar consuelo
De las precitas almas en los males.
Porque el vapor de oración cristiana
Se depura del mundo, y cristalino,
Cuajado por la Gracia soberana,
Sobre la flor de la conciencia humana
Cae en relente de perdón divino.
Dios esa tarde, al contemplar la nube,
Que hasta sus plantas, con fervor subía,
Sonrió blando, y su sonrisa pía,
El dolor maternal cuajó en Querube.

*
* *

Como en el alba de su aéreo sueño
El Ángel de bondad recién formado,
Comenzó á despertar...
Aún la dicha
De á las plantas de Dios haber estado,
(Incomprensible al hombre en su beleño)
El divinal espíritu absorbía;
Pues que, en la tierra, de pecados llena,
Aun respiraba inmune, extasiado
Por la virtud de la bondad serena,
De una aureola cándida rodeado...
Pronto, dolido de la humana guerra,

Cual si el ansia mortal le humanizara,
En facciones de un ángel de la tierra,
Cambiaron sus facciones virginales.
Tal vez la impura vida le angustiara;
El hedor terrenal tal vez le hería;
Tal vez la voz en su interior sentía
De los graves dictados celestiales
Con que su intento Dios le revelara...

Desextasiado, acaso, percibiera
La misión que llevaba á los mortales
Aquella noche, en la planicie austera;
Por que ya dueño de su aérea vida,
Con la faz resignada y dolorida
El Querub se detuvo.
El rostro místico,
Claro de idealidad, volvió á la tierra;
Y el blando vuelo refrenó...
En seguida,
Bruma invernal que en el gramal resbala,
Como un ave serena plegó el ala,
Y á tierra descendió...

*
* *

Y era aquel punto

El hoyo en que la mano del obrero,
Su fundo vindicando á la Argentina
De la sangrienta herencia del Tirano,
Al guiar la herramienta rencorosa,
Hizo morder al azadón, más fiero,
El corazón vetusto de la ruina;
Y al respirar con vida milagrosa
Cual respira ante Dios lo inanimado,
El corazón del sitio fue aliviado
Del antiguo dolor que lo royera;
Y exhaló hasta la altura bondadosa
El estertor violento del pecado
De que testigo y cómplice se viera!

*
* *

Sobre el sitio, de pronto desahogado,
Sereno, un punto, se quedó el Querube
La planicie al tocar...
Así, ligera,
La airosa bruma que engendró en la aurora
El relente que al sol prístino brilla
Y éste con rayo cálido evapora,
Se detiene, suspensa en la pradera,
Si, sobre el ancho campo de gramilla,
Se adormece la brisa pasajera

Que en su corriente la llevaba...
El Ángel
Suspenso así, permaneció extasiado;
Pero escuchando el celestial dictado
Que, con los ojos, que hacia el cielo alzaba,
En el misterio de lo azul buscaba,
Puesto de hinojos, la figura esbelta
En el polvo humilló...
Luego, implorante,
Alzó de entre el escombro un pensamiento
Que el influjo divino de su planta
Hiciera germinar... Y al cielo vuelta
La muda voz de su plegaria santa,
La flor de redención llevó á los labios;
Y al beso que en sus pétalos pusiera,
Cual la luna que surge de los mares
Extendiendo en redor su vago imperio,
La corola lustral clareó el recinto
Como alumbran los rayos estelares
La augusta soledad de un cementerio.

*
* *

La flor de luz en la divina mano
El Querube se alzó.

Los blandos pliegues
De tules de bondad, dejó pendieran
Como el paño de una ara, sobre el duelo
Del desolado sitio.

Le veían
Sólo los ojos del Señor: que nadie
Le pudiera advertir.

El mismo cielo
Con sus millones de astros reflexivos,
Cánticos mudos que el loor decían
Del Artífice eterno y soberano;
Con sus insectos fúlgidos el llano,
Chispazos de la luz entre la sombra
Que entre la sombra, rápidos huían,
Haciendo ver la actividad de todo;
La brisa reservada; la hosca alfombra
De húmido pasto y de acolchado lodo
De la planicie absorta, en que se hundían
Para nunca volver los tardos ecos;
Los muros solitarios, de memoria
Indigna, todos, ó rencor cargados;
Aquella aurora, al parecer de gloria,
Que la Ciudad lanzaba en lo profundo
La frente erguida en el obscuro espacio;

La tierra en torno; el insondado mundo,
Á las angustias del mortal rehacio,
Donde la fuente del vivir brotaba...
Todo, á aquella hora extraña, dormitaba;
Todo era mudo y ciego: todo estaba
De vista ubicua y de conciencia falto...
Tan solo allí, sobre la ignota cumbre,
De los destinos y del tiempo en lo alto,
Los santos ojos del Señor veían!

Almas, abajo, y astros en el cielo,
Claros para Él sin falsedad lucían...

*
* *

Dios meditaba en lo alto... Y, solamente,
El fulgor de su sacro pensamiento,
Era el encanto de la alada gente
Que flotaba en redor... pues sus pensares
Daban vida á los seres y las cosas,
Como anima á las nieblas temblorosas
Que surgen de las chapas de los mares
El viento viajador... Y su mirada,
Génesis de la esencia idealizada,
Penetraba en el hombre y en el llano,
Y en lo que ha de pasar... Dios meditaba.

Hasta sus plantas el fulgor llegaba
De aquella abnegación de amor materno
Con que oraban las madres argentinas,
De la maldad por el olvido eterno.
Y el son de las plegarias cristalinas
Más que el que alzara, de amargura llena,
El llanto de otro tiempo, y la honda pena
Que arrancó la crueldad, música pura,
Hasta las plantas del Querub llegaba
En vibraciones mágicas é inciertas:
Y á través de él, subiendo hasta la altura,
Escuchaba el Señor con gran dulzura
El llanto antiguo de las madres muertas...

*
* *

Y el Señor sonrió.
De besos y alas
Y armonías de luz y de almas buenas,
Se estremecieron las etéreas salas
Con divina fruición...
Bajó la vista
Dios, á la patria de infinitas penas,
Y miró con piedad al negro mundo.

Entonces de la sombra en lo profundo

Inclinóse el Querub, de amor radiante,
Y empezó su plegaria...
Y ascendían
Cual pétalos de luz, sus oraciones;
Y sus plegarias vívidas tenían
El hervir sacrosanto y palpitante
Con que sienten á Dios los corazones
De los arcángeles...

Llovió del cielo
Refrescante bondad iluminada;
Y entonces, para el Ángel bien distinto,
Corrió como un frescor por el recinto
Una aura pura, de piedad sagrada...

*
* *

Pero no solo la Bondad Inmensa
De Dios al Ángel percibir podía;
Que también le miraban inmanentes
Del sepulcro, do estaban penitentes,
Cuantos un día en la existencia entraron
Al hosco caserón, ó le esquivaron;
Cuantos amaron á su impío dueño
Y fueron de sus penas asistentes
Ó maldijeron su agitado sueño:

Todos aquellos tardos peregrinos
Que en un día creyéronse vivientes
Porque fueron, del mundo entre las gentes,
Sombras de humana sombra en los caminos:
Aspirando á saber de sus destinos
Todos aquellos tristes de la Historia
Á la palabra del Señor despiertos,
Solos testigos en la sombra, inciertos,
Al Querube magnífico veían,
Y su alta frase celestial oían
Con sus oídos tímidos de muertos.

*
* *

En qué lenguaje su oración de fuego
Formulaba el Querub, no fuera dado
Discernir al mortal; que era su ruego
Con la palabra angélica expresado;
Mas cuando el rostro dirigió á la tierra
Sobre la cual en surtidor fluía
El manto que en su albura la cubría,
Irguiendo el cuerpo en que la luz brillaba,
Con el hablar doliente del humano
Así á las sombras de la Historia dijo
Tendida hacia la noche la alba mano:
— « Gentes que fuisteis en la tierra un día

Víctimas ó secuaces del tirano
Que en este odiado caserón vivía:
¡Presto compareced! »
Y el largo grito
Desbordóse en el cóncavo infinito
Cual toque de clarín!

*
* *

Era la cita
Que al alma en pena atemoriza tanto:
Pues desbastada de la infame escoria
Que abandonada se dejó en la tierra,
Por vez primera ante un Jurado Santo
Llega á comparecer.

Volvió el Querube
Hacia los cuatro vientos la faz pura,
Y el bando continuó: « Y en asamblea
Venid á dar el veredicto justo
Que la vindicta terrenal desea!
Puesto que el vivo, en arrebato augusto,
Ya demolió del réprobo la casa
Y su polvo aventó (como los huesos
Del convicto barrió de las riberas
Del Plata undoso) vuestras ansias fieras,

También vosotros, que habitáis la noche,
Desahogad de una vez! La vida pasa:
Y con ella las glorias pasajeras;
Solo la acción procrea ó permanece
Y en ignominia, ó en loor profundo,
Se prolonga en los tiempos cual merece
Perpetuo escarnio ó bendición del mundo.
Rozas, triste mortal, átomo ciego,
Á tus víctimas todas y á tus gentes
Porque hoy te juzguen, ante Dios, te entrego. »

*
* *

Y dejando la flor de luz y vida
Que irradiaba bondad del albo broche
Sobre el mudo recinto suspendida,
Por esa fuerza, al sér desconocida,
Que sustenta los astros de la noche,
Como se aleja rauda por las salas
Del refrescado ambiente grácil pluma,
La célica visión tendió las alas
Y el transparente cuerpo hundió en la bruma...

III

LA JAURÍA

Si entonces un mortal favorecido
Con anuencia de Dios allí se hallara,
La percepción juntando de la tierra
Del ángel puro al celestial sentido,
De seguro que súbito escuchara
Al espirar la citación mortuoria
Que el Querube en contorno proclamara,
Cual si toda una edad resucitase
Y del hondo sepulcro se arrancase,
Las gentes acercarse y el ruïdo
De aquella edad de fúnebre memoria
Removiendo los ecos de la historia
Desde las hondas cuencas del olvido.

¡Formidable tropel! Hombres y cosas
En indeciso caos compelidos,
Cual si al odio se hubiesen concitado

Hiel recobrando sus pasiones mústias,
Entraron, vivos, al feudal recinto,
Los trasgos, las visiones, las angustias
Del fiero ciclo de terror ya extinto.
Y el caserón, revuelto en su pavura
Resonó aturdecido fieramente
Cual tumultuoso teatro de suplicio;
Que en zozobra aguardase, rebullente,
De la justicia eterna el ejercicio,
Bajar fulmíneo á la juzgada gente.

*
* *

Y aquel tumulto de hormiguero humano
Pronto se definió. Violenta ráfaga
Cual de Pampero que sacude el llano
Todo en torno barrió. Nubes espesas
Ocuparon el cielo, y con desmayo
Cayeron cual crespones.

Las centellas
Alumbraron la escena de soslayo
Y, ¡oh grande horror!, á los reflejos de ellas
Por la llanura que al tropel se abría,
En un bridón ligero como el rayo,
Al fantasma de Rozas se veía

De otros cien esqueletos perseguido,
Aguijando su fúnebre caballo
Que arrancaba la tierra con su callo
Al sentir, del horror en los excesos,
Penetrar en sus pútridos hijares
Del muerto César los punzantes huesos!

*
* *

De todos puntos, con gritar corrían
En malón como de indios por el llano,
Encendidas las muertas calaveras
Con el fulgor de sus miradas fieras,
Multitud de esqueletos jadeantes
Echados sobre el cuello de sus potros
Persiguiendo al fantasma del Tirano;
Y con la fiera grita y con la mano
Los unos azuzándose á los otros!

De todas las Provincias en contorno
De la inmensa República surgían,
Cual hojas secas que arrancó el bochorno
Y aturbonadas el Pampero impele:
Hombres mujeres, viejos y pequeños;
Siervos, señores, pobres, potentados:
La honra que atrae, el crimen que repele;

La salud, que las formas dignifica;
La débil caja de ambición gigante;
Ignaros, sabios, frailes y soldados,
Brotando á su rencor, desde las fosas
Donde sus cuerpos muertos adormían
Las mundanas pasiones rencorosas,
En tremenda y creciente cabalgata,
En potros relinchantes de asustados,
Cual angustia que el ánimo arrebata
En la tremenda agitación de un sueño
Salían y en tropel por todos lados!
Desde Chile, al través de las montañas,
Hombres como caníbales venían,
Que el aire en gritos de furor herian;
Del alto Paraguay, cruzando el Chaco
Otros, no menos fieros, descendían
Con la sangre caldeada por los soles
Cual corrosivos ácidos, viniendo
Con crudo espanto y pavoroso estruendo
De gentes locas... En espeso grupo,
Cerrado por las ansias del deseo
De ensañada venganza, otros llegaban
Amotinando el pueblo en que pasaban,
Del gallardo y gentil Montevideo;
Desde Europa, al través del mar undoso:
La tierra en su extensión, casi infinita,

Los enemigos todos del Tirano
Volcaba en negras ondas sobre el llano
Vibrando en torno á su tremenda grita!

Tras la forzada calma de la tumba
Aquel turbión de furia desatada,
Se alzaba como la onda amotinada
Del vasto oceano cuando el viento zumba.
Como el viento y las ondas, sus pasiones
Encontradas, luchaban embestidas
Sin sus cuerpos mezclar, en la carrera
De aquellas osamentas, confundidas
Por ansias de perdón ó de castigo.
Pues que también allí, como en las huídas
De las deshechas tropas en derrota,
Bravos había, que á la débil gente
Alentaban, con ánimo clemente
Heroicos dando de piedad la nota!

*
* *

El concurso maldito dió una vuelta
Larga como los tiempos, aunque breve
Cual la condenación, á la ancha ruina
Que en el rudo tropel temblaba envuelta,
Cual si se hallaran los espacios llenos

De choques de olas y olear de truenos.
Pero al llegar ante la flor piadosa
Que el Querube en los ámbitos colgara,
Y la escena tremenda iluminara
Con simbólica luz y misteriosa
Que abrillantaba la extensión del cielo,
La luz se recogió... como se cierra
La flor de pasionaria al caer la tarde,
Volvióse un corazón, que en luz de duelo
Se desangraba...

Agonizó un instante...
¿Iríase á extinguir? Mas no... de pronto
Y viva, como súbito se cuaja
El agua helada que se torna en hielo,
La luz del corazón, su angosta faja
Proyectando en dos rayos luminosos,
Los dos brazos abiertos, cariñosos,
De inmensa cruz desparramó en el cielo!

*
* *

Y era esa Cruz de resplandor tan suave,
Que, inspirando calmante devoción,
Su ambiente de piedad, callado y grave,
Llenaba de terneza el corazón.

Los átomos lucientes que expandía
Semejaban, como ánimas, orar...
Toda su luz rogaba, y refluía
La fe doliente del doliente mar.

Se creyera escuchar el suave acento
Con que habla, sin palabras, la virtud:
Esa mezcla de goce y de lamento
Que arranca al Ángel la promesa azul.

De las dichas celestes el dichoso
Arrullo del espíritu del bien,
Que oye el Árcangel que de Dios glorioso
Llegó sin mancha á acariciar los pies...

Y aquel mudo lenguaje sin sonidos
De la ya extinta estirpe é infeliz,
Envolvióse del Orbe en los latidos;
Y la tremenda caza y sus ruídos
Cual sueño atroz desvanecióse al fin...

*
* *

Solo quedó, callada y misteriosa,
Frente á la inmensa Pampa silenciosa
En su profunda noche encapotada,

La Cruz, la inmensa Cruz, solo visible
Para Aquel que, del mundo incognoscible,
Llama á sus pies la Humanidad cansada.

Luego el fulgor se difundió en el cielo;
Perdióse en el azul sin dejar rastros;
Y rasgada, la nube como un velo,
Dejó de nuevo prodigar al cielo
La bendición brillante de los astros...
Mientras que ya de nuevo soberana
Bajo el abierto seno de la nube,
Volvió á lucir la que encendió el Querube
Calmante flor de la Piedad Cristiana.

IV

EL JURADO

Entonces en la ruina, lentamente,
Cual un concurso ingrávido, asistente
Ya no con intenciones pavorosas,
Fuése allegando muchedumbre inquieta
De sombras y de seres y de cosas,
Toda á compás de majestad secreta;
Y en medio de las gentes silenciosas,
Que iban tomando en derredor asiento
Por dondequiera en la mansión dormida,
Apareció, como acabó su vida,
La sombra odiada del anciano Rozas.

*
* *

Rasgado paredón, que en pié quedaba,
Con su vetusta mole reforzaba
La aparición de Rozas, cual mortuorio

Cendal, echando ante él su negro paño;
Convirtiendo el lugar, por su negrura,
En algo como gruta de oratorio
Bajo el gran palio de la noche obscura.
Ya el chiripá flotante de merino
Ni la chaqueta gaucha disfrazaba
El cuerpo esbelto de persona culta,
Que el caudillo sutil vulgarizaba
Para halagar del núcleo campesino
Y del pueblo brutal, la masa estulta.

Era el que allá en la tarde de la vida,
Bajo el calmante cielo de Inglaterra,
Miraba su existencia acriminada
Como mira la tierra ensangrentada
Inquieto el criminal que al muerto entierra.
No estaba en el sillón del escritorio
Donde en vida sus notas redactaba;
En cuyos rojos brazos de caoba
Tantas veces las uñas de su mano
Con ímpetus de ira, el gran tirano,
Á la menor contrariedad clavaba:
Entre las ruinas, como ruina, estaba
Transido por la pena...

*
* *

Casi llena
De fantasmas la obra se veía,
Del destronado César en contorno;
¡Y todos seres grandes! Se diría
Que aquel concurso, al revivir, había
Hecho volverse el tiempo y la memoria,
Volcando en las fronteras de dos siglos
Toda la dura estirpe y los vestiglos
Que poblaron un tiempo nuestra Historia!

Puesto de cara á la reunida gente,
Como se ve en las cortes al malvado,
Con la mano apretábase la frente
El espectro infeliz del gran culpado.

En el sillón presidencial, que quiso
Con sangre ennoblecer de sus arterias
Por la asesina daga traspasadas,
El feble anciano Maza, el enfermizo
Dúctil carácter en el rostro impreso,
Descubría el temor en sus miradas:
El cuello abierto por la enorme herida
Por do escapóse el miedo con la vida!

Allá muy cerca, aun muerto, desdeñando
La misma muerte que turbar no pudo

Su corazón soberbio de rebelde;
Por la órbita vacía, donde el plomo
Con la agria muerte antes que el miedo entrara
La corrosiva sangre derramando,
El imponente y colosal Facundo
Gira en contorno el ojo que le resta;
Cual si la mano de su dueño, presta
Estuviese á lidiar con todo el mundo.

López, al lado, pálido y cetrino,
Contraída la faz por el veneno,
Y ensangrentado el labio viperino
Por la presión de angustia de los dientes,
El mirar turbio, de traiciones lleno,
Pasea por las filas de asistentes...

Cúllen su herida aprieta con la mano
Junto del anterior, la faz resuelta
En su pañuelo de espumilla envuelta
Con estupor fijada en el tirano.

Rodríguez á la espalda está de Maza,
Fulgurantes los ojos como el puma
Pronto para embestir... Mas de su herida
La sangre, que hasta el poncho le traspasa,
Cristalizando en coágulos su espuma,

Le forma sobre el pecho una coraza.

Tras éste, ocultos, como aún queriendo
Escapar á los ojos del tirano,
Los Reinafé, insidiosos, pretendían
El rencor y la ira que sentían
Guardar ocultos en el pecho en vano;
Y del pecho en jadeo sobrehumano,
Refulgurante vena, chorreaba
Un líquido sanguíneo que, humeante,
Con el polvo en el aire palpitante
Que el extraño concurso levantaba,
En dolorida fuente se mezclaba...

*
* *

Era un remanso vivo y cabrilleante
Que al ser herido por la luz sufría;
Y en donde el resplandor que se emanaba
De la flor, que en el ámbito lucía,
Cual castigante fusta penetraba.
Como absorbido por la luz, se alzaba
De aquella sangre, al divinal contacto
Del fulgor de la lámpara votiva,
El vapor que la escena ensangrentaba,
Derramando en la hondura de la noche

Un perfume brutal de odio y reproche.

¡Que era triste mirar los rostros muertos
De los que allí en contorno se sentaban,
Y por ver al Tirano se empinaban
Los huecos ojos por el ansia abiertos!

*
* *

Insiarte, Ezcurra, el general Urquiza;
Arana, Corvalán, Alberdi, Oribe;
Marcó del Pont, Balcarce y Escalada;
Rivera Indarte, aún con la sonrisa
Que cohonestaba á su expresión zahareña,
Falsa en los labios: Costa, Vélez Sársfield,
Avanzado á su edad, siempre severo:
Aguirre, Llavallol, Ituarte, Peña;
El Manco Paz, con la expresión airada:
Torres, Mansilla, de Angelis y de Oro,
Y el cuerpo diplomático extranjero,
Ocupaban del centro la bancada.

Y á espaldas de ellos, con igual decoro,
Llenando las vetustas graderías
Que un tiempo vieron la terrestre escena,
Agüero, Alsina, Del Carril y Frías,

Á flor de sus semblantes la alma buena;
Riglos, Maissón y Lynch, los Anchorena,
Arroyo, Castañeda y Escalada;
Oliden, Salces, el sin par Belgrano;
Garzón, Ferré y el elegante Guido;
Lucas González, el varón querido;
Garrigós, el buen Gómez, Irigoyen:
Aquel franco y valiente ciudadano
Sincero hasta en su error, el gran Varela
Cuya fiel convicción mantuvo escuela
En medio del desquicio soberano;
Soler, Terrero, Trápani, y Almeida;
Sarmiento, Mármol; triste Echeverría,
El que pudo solo él llenar la historia
Con el destello de brillante gloria
Que tan sólo su patria no advertía;
Como en la tarde de su edad, Gutiérrez,
Que en su letrada idealidad vivía;
Castelli; el fiel Lavalle sin segundo,
Sólo á engañarse y á prohijar sus culpas
Como un ángel rebelde echado al mundo;
El joven Maza; el digno Avellaneda
Con Pinedo y Viamonte, en noble rueda;
Y varios cientos más, á que el camino
De la insondable eternidad abriera
La agitación que Rozas promoviera

Ó el aleve puñal de un asesino,
Formaban el jurado todos juntos:
Cual si otra vez, como en la patria un día,
Les moviera los pechos ya difuntos
El patrio fuego que en su sangre ardía.

Y aquí y allí, por dondequier sentados,
En bancos de testigos ó acusados,
Mil redivivos más, entre las sombras
Alcanzábase á ver... seres sin vida
Por milagroso ensalmo despertados
Para el Concilio aquél.

Parra, Mariño,
Garretón, Victorica, Alem, Troncoso,
Merlo, Alvarado, Robles y Cuitiño;
Moreira, Salomón, Viera, Amoroso,
Larrazábal, Boneo, Aldao, Badía,
Heredia, Ibarra, Thorne, Virasoro,
Ramírez, los Carrera, el viejo Chacho,
Rivera y otros más; y entre ellos, muchos
Testigos solamente, que al llamado
Del bando del Querube concurrieron,
Para estrechar al tigre acorralado,
Que antiguas culpas é impiedad rindieron.

*
* *

Y á punto que el Congreso se llenaba
Con inocente tanto y asesino,
Temblaba cada cual por el destino
Que la bondad de Dios le deparaba
Por una eternidad...
De aquellos pechos
Unos aviesos, otros honorables,
Casi igual oración se levantaba
Hacia el Señor, que disponiendo el sino
De gentes y naciones que sustenta,
Hoy las hace fecundas é indomables,
Con designios, mañana, inescrutables,
Estériles las vuelve ó las avienta...

¡Ay! Que la raza humana tan henchida
Está de maldición, que dondequiera
Que vaya el pensamiento en triste huída,
Tanto en la eterna, como en ésta vida,
Sólo castigos desde lo alto espera...

Y el alma, sin calor repliega el broche,
Con la conciencia siempre adolorida...
Avecilla infeliz, despavorida,
Que en bosque extraño sorprendió la noche!

*
* *

Cuando bajo de la urna constelada
Todo se halló, el concurso, al fin reunido,
El aire, el cielo, el río, el campo abierto,
En tan honda absorción quedó sumido,
Que el Orbe mismo se creyera muerto!

Mas un soplo pasó, de influencia nueva,
Que de su honda abstracción sacó á la gente;
Y empezó á germinar la vida humana,
Como se acrece el ruído en la mañana
Al fulgor y al calor del sol naciente.

Uno muévese aquí; tose, más lejos,
Alguno de los fieros concurrentes;
Voces que aumentan; palpitar de vidas;
Crece la vibración y los rumores;
Y bajo la alta y estrellada tienda,
Empiezan á sentirse los fragores
Que elevan los ansiosos oradores
En la inquietud del Ágora tremenda...

V

LA ACUSACIÓN

Del propincuo sitial, la faz erguida,
Maza se levantó; tendió la mano,
Y señalando á Rozas,

— Habla!
dijo;
Hemos venido aquí para juzgarte
Lejos de las miserias de la vida;
Y tu voz de esqueleto, entre esqueletos,
Sin reticencias ya, ya sin secretos,
Sirva para perderte ó vindicarte!

*
* *

Apenas terminara el Presidente,
Sobre su escaño alzado de repente

— ¡Hablen los que le acusan!
dijo De Oro,
(Con esa autoridad de voz discreta
Que hizo en la tierra su caudal sonoro).
Yo, por mi parte, ocultaré los largos
Martirios de la Patria y su desdoro:
Harta inmundicia en torno nuestro vemos;
Ni el recuerdo de días tan amargos
Á la triunfal posteridad leguemos*...
Luego hablará y levantará los cargos
De que acusado está!

— ¡Que hable Lavalle!
Gritó una voz...— ¡Que Mármol ó Sarmiento
Funden la acusación!
Otros gritaban...

*
* *

Pero, pasado en voces un momento,
La inquietud importuna y el bullicio
De súbito calmóse.
Y levantado
Entre un grupo de espíritus selectos,

* « He visto tanto lodo, que ¿para qué legarle más inmundicia á la Posteridad? » : Palabras del célebre discurso de Don Domingo de Oro.

En un instante á la quietud propicio,
Alzóse en su sitial un hombre hermoso,
Mezcla de evangelista y de patricio,
De rostro augustamente resignado
Y de mirar profundo y doloroso:
Como á mirar la vida acostumbrado.

Era delgado y alto. Parecía
Más que lo fué en la tierra, melancólico.

— ¡Es el Poeta!
Algunos prorrumpieron.
Y así que, todos, en silencio fueron,
Comenzó en esta forma Echeverría:

*
* *

— ¿Recordáis compañeros?
En la tierra
Entre el fragor de fratricida guerra,
Bajo signos augúricos adversos,
Escribí con la sangre de mis venas,
Sollozando al rumor de las cadenas
Estos vividos y sufridos versos:

« ¡Compañeros, salud! Al fin exento
De esperanza ó temor, mi pensamiento

Rompe el sueño fatal que le oprimía,
Y en medio del silencio pavoroso
Osa hablaros con eco poderoso
De Patria y Libertad la Musa mía.

¿Y podré, acaso, refrenar mi lengua,
Cuando el luto y la mengua
De la mísera patria estoy mirando?
¿Cuando, solo en su mal, los ojos fijos,
Gimen y callan sus bastardos hijos
Sus antiguas virtudes olvidando?

¿Cuando, dado al temor y al egoismo
Ve sentarse, paciente, al despotismo
Sobre el trono sagrado de las leyes,
Un pueblo que fué libre, y cuya espada,
Con gloria y con honor siempre vibrada,
Hizo temblar á los inicuos reyes?

¿Cuando á la faz del mundo, impunemente,
Una turba venal, necia, impudente,
Instrumentos estúpidos de un hombre,
Hoy se atreve á vender nuestros derechos
Conquistados con sangre de mil pechos
Dignos de admiración y de renombre? »*

* « Á la juventud Argentina » (D. A. D. L. C.) Del autor de los « Consuelos ». Esteban Echeverría. Montevideo, Marzo 1835.

¡Hoy, ved á ese hombre ahí! Como os decía
Con franco verso en el destierro un día,
Os repito: — ¡Ese es Rozas, el culpable!
¡De la culpa, las penas, no redimen;
Más que el castigo formidable al crimen,
La justicia enseñemos formidable!

¡Que los niños aprendan en la cuna
Que los pueblos modelan su fortuna
Con los cinceles del derecho humano:
Que dignos son de universal grandeza
Los que saben rasgar con su fiereza
La vil coyunda que forjó el Tirano! *

¡Culpables fuimos de la indigna afrenta!
¡Todos debemos á la Historia cuenta
De haber dado al mandón nuestros derechos;
Más que á la infamia que concentra este hombre,
Castiguemos, llorando, nuestro nombre,
Y arranquemos la piel de nuestros pechos!

No reavivéis las horas de vileza
Que se pasaron ya... Con entereza
Más que al culpado, castigad la culpa;
Entregad al desprecio el cruel Tirano;

* Esteban Echeverria. « Dogma de Mayo ».

No le tendáis, si no queréis, la mano,
Mas nunca halléis á nuestro error disculpa!

El Vate se sentó; casi lloraba.
La mano se pasó por la ancha frente
Y la frente inclinó...

*
* *

Con tono amargo,
Y como en vida, con decir mordiente,
Rivera Indarte alzando el rostro largo
Donde sus ojos agrios relucían,
Las estrofas siguientes, rencorosas,
Silbó con odio, fustigando á Rozas:
— ¡Miradle! Hoy no eleva, cual tiempo remoto,
La vista imperante; hoy no hace alboroto.
« De tristes difuntos colmado ha un osario,
Y aun que de costumbres algo manirroto
Ostenta en el pecho hondo escapulario.
Ocupó un gobierno; fué maestro de escuela,
General muy luego, y hoy restaurador;
Ninguno en su potro más rápido vuela,
Y es en teología graduado doctor. »*

* José Rivera Indarte. « La Alborada » (Canto) Campo de Echagüe. Montevideo 1841.

« León que solo supiste asesinar...
Cuando Satán el libro del pecado
Gozoso lleve al juicio divinal,
Tú borrarás sus páginas horribles
Y el fiel de la balanza inclinarás. »*

¡Oh Pueblo! Vengarte, ya al cabo te toca,
Del torpe que intenta llamarse señor...
« Levanta la frente, los tuyos convoca,
En plazas y templos resuene tu voz,
Y al crudo Tirano proclame tu boca
Del hombre enemigo, maldito de Dios! »**

*
* *

El agrio publicista, entre un murmullo,
Callóse, y se sentó. Silencio espeso,
Preñado de rencor y de reproche,
Se extendió en derredor por todo el sitio
Los ámbitos llenando de la noche;
Y entonces Maza, que se alzó de nuevo,
Vuelto hacia Rozas, por que más no hablara
Gente que el odio acerbo destilara,
Así le dijo con dicterio amargo:

* « José Rivera Indarte. Al rosario ». Montevideo 1834.
** Ibidem: « Al Obispo Medrano ».

— Puedes ya comenzar, que mis heridas
Esperan, enconadas, doloridas,
El tópico de bien de tu descargo.
Yo fuí tu amigo. Por tu bien, consciente
Arrostré hasta de mi hijo los enojos;
Y tal vez á tu mando, ante tus ojos,
Muerte me dió tu sanguinaria gente. *
Dí que no fuiste tú: que tan villana
Acción se cometió sin tu consenso;
Y vuelva á entrar en mi ánima cristiana,
Desalojando en ella el asco inmenso,
La fe perdida en la conciencia humana.

*
* *

Cuando Maza calló, Rozas movióse;
Y el infeliz habló, sin levantarse,
Apretado de horror contra sí mismo
En el banco en que un día contemplóse,
Pudiendo hasta con César compararse,
Omnipotente al sol del despotismo.

Y hablaba el infeliz con el acento

* « Rozas decía que había muerto al padre anciano por no darle el pesar de ver morir á su querido hijo que igualmente hizo matar » Sarmiento: « Juan Facundo Quiroga ».

Con que en las noches frías de sudeste
Gime, en las ramas del sauzal agreste;
Enronquecido por la lluvia el viento.

— ¡Héme sumiso aquí!
Purgar ansío
Entre vosotros mismos mis pecados:
Los inconsultos crímenes, ¡Dios mío!
Cuyo recuerdo pálido y sombrío
Me asalta con rencor por todos lados... *

¡Casi treinta años de vejez, muriendo
Á solas en la tierra con mi crimen!
¡Y casi treinta de purgar sufriendo
Del castigo de Dios el mal tremendo,
Aun no mi nombre de mi error redimen? **

¿Qué más queréis? ¡Padrón de la Argentina
Sufrí en la ancianidad continuo agravio!
¡Si gobernante erré, si fuí severo,
Jamás en la frialdad del extranjero
Dejó á la Patria de ensalzar mi labio!

* « En sus últimos años ni aun á su familia recibía ». Terrero.

** Que Rozas mandara degollar ó que consintiera que se degollara, nos es indiferente. Si tenía el poder de mandar *no* hacer en vez de mandar hacer, él es el responsable y el culpable: el tirano ». Mansilla. « Rozas, CVII, LV. »

Verdad que nunca en la fraterna guerra
Quise imitar al triunfador del Ande;
Pero en mi cárcel triste de Inglaterra
Seguí el ejemplo que su vida encierra
Y viví honestamente, como el Grande!

Con la vista angustiada por el ansia,
Yo miraba, al través del mar undoso,
El rincón de Bolonia silencioso
Donde extinguióse San Martín, en Francia!

Cuando pienso murió, como yo mismo,
Abandonado allá en el extranjero;
De la Justicia humana ante el abismo
Me pregunto, si el pueblo, en su egoísmo,
Fué con ambos injusto ó justiciero.

Si á quien le dió la libertad dejaba
Morir mísero, un día, en cruel ribera;
Á aquél que sólo insultos le arrancaba
Y persiguió con hiel, como á una fiera,
¿Por qué á morir lo mismo le obligaba?

Es que había, á pesar de mis errores,
Grandeza en estas manos asesinas;
Y los pueblos, violentos dictadores,

Á sus héroes, cansados de echar flores,
Les coronan las frentes con espinas...

Si, para darnos patria, desbarata
En Maipo, San Martín la hispana tropa:
Yo salvo su obra de anarquía ingrata;
Y la vuelvo á salvar, luego, en el Plata
Librandolá de la ambición de Europa! *

¿Cuándo acertabas tú, pueblo argentino
Á quien siempre adoré ¡no obstante todo!
Cuando flores vertiste en mi camino, **
Ó cuando te cebaste en mi destino
Mi vil miseria sepultando en lodo?

*
* *

— ¡Fuera!
Gritó Facundo. Este cobarde
Con San Martín se iguala, haciendo alarde,
Como en vida, de audacia y de inmodestia...

* « Pero no se vaya á creer que Rosas no ha conseguido hacer progresar la Republica que despedaza: no, es un grande i poderoso instrumento de la Providencia, que realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa. » Domingo F. Sarmiento. Civilización y barbarie, C. II. »

** « Nunca hubo gobierno más popular, más deseado, ni más sostenido por la opinión. » Ibidem Sarmiento.

Fuése á Europa á juntar más villanía
De la que en su alma ruin antes tenía;
Logró perfeccionarse en la patraña,
Y, como vivo alguna vez lo hacía,
Es seguro que si habla, nos engaña!

— Nos ha de convencer, como ya lo hizo,
De que bien nos deseó; de que nos quiso
Como á buenos hermanos...
— ¡No le dejen
Ni que pretenda hablar!
Ronco de ira
Rodríguez exclamó. Y á su alarido
La enorme concurrencia de cadáveres,
Contestó de la mar con el ruído
Cuando empieza á crecer...

*
* *

— « Perdón y olvido! » *
Don Justo dijo: don José de Urquiza.
Mas á su frase se exaltó más fiero
Ya en formidable grita y entrevero
El revuelto motín.

* Palabras del Gobernador de Entre-Ríos: General don Justo José de Urquiza.

Otro poeta,
Gutiérrez, el de clásica memoria,
Clamó solemne, conteniendo á todos
Con el sonido de su voz discreta:

— Conciudadanos, que de varios modos
Habéis honrado la argentina historia
Hasta en el mal de vuestro engaño mismo,
Siempre sincero... levantad la mente;
Mirad á la Justicia frente á frente,
Y al castigado por tremendas sañas,
Con arreglo al derecho y la conciencia
Juzgad serenos... Libres de egoísmo,
Las almas nunca á la piedad hurañas,
Dejad se excuse... La fatal demencia
Que bebió con las aguas del bautismo
Fué su condena... No le hagáis violencia...
« Maldecido de Dios, en sus entrañas
De vencedor, se aposentó el infierno;
Rodeóle de tiniebla, y al oído
El ángel expatriado de los cielos
Aconsejóle el mal... Sobre ruínas
El bárbaro fundó su férreo trono
Y en sangre de sus víctimas teñido,
Vistió la roja púrpura: las plantas
Puso en el escabel donde se alzaba

El genio santo de la Patria antigua,
Y el celeste pendón acribillado
Por gloriosa metralla, dió á la burla! » *

*
* *

— ¡Bárbaro! ¿Tú también? Gritóle Rozas.
¿Tú, el ponderado, el hombre sin violencias?...
¿Aun azuzas las turbas rencorosas
Y emponzoñas con odios las conciencias?

¿Yo, el pendón de mis padres dí á la burla?
Yo, que por darle su grandor primero **
Mi fortuna y mi honor eché por tierra;
Mientras tú y otros, por hacerme guerra,
Dabais pedazos de él al extranjero? ***

¿Dónde estabas, cuando él, apuntalado
Por el genio y valor de este asesino,
Del francés, y el inglés, y del Destino,

* Juan María Gutiérrez : « En un convite de Argentinos proscriptos ». Valparaiso Mayo 25 de 1846.

** « Una idea fija lo domina: la reconstrucción del antiguo Virreinato de Buenos-Aires » Sarmiento. Civil. Barb.

*** Sarmiento hacía en Chile, el primero, reivindicar para aquella República enemiga parte del Estrecho de Magallanes, y con ella Punta Arenas. Véase Saldias, Historia de la Confederación Argentina. El Paraguay-Argentino, etc., Trámite de Las Islas Malvinas, Asuntos con el Brasil.

De quienes eras, contra mí, el aliado,
Defendió, con Mansilla, en Obligado
La potestad del flumen argentino?

¿Me ayudaron tus frases cristalinas,
Gloria de nuestro numen castellano,
Á arrancar de las garras del britano
El despojo brutal de las Malvinas?

¿Te hallas tú, acaso, bajo el palio incierto
Del cielo de la Pampa misterioso,
Cuando voy á turbar en su reposo
Á las salvajes tribus del desierto?

¿Dónde está tu partido de gritones
Cuando, apenas caliente del rescoldo,
Cómo asados de yeguas, en el toldo
Donde voy á asentar nuestros pendones?

¿Y no es digno, siquiera, de respeto,
(Aun en medio de múltiples errores),
El esfuerzo constante, y el secreto
Ambicionar para la patria mía
El esplendor magnífico, que un día
Soñaron en lograr nuestros mayores?

¿Ó administrabas tú la patria aquella
Revuelta como en lucha de chacales,
Donde sólo dejaba roja huella
Cual deja en los sembrados la centella,
El paso de las turbas criminales?

¿Tú tuviste que hacer, con sangre y llanto,
De la paz de tu hogar, fiera locura;
Y te mordió la entraña, por ventura,
Dejando, como en mí, perpetuo espanto,
El cáncer de tu infame dictadura?

¿Tú me viste gozar como tirano?
¿Ó alguna vez en la lasciva orgía,
Supiste que escanciara con su mano
La virgen del deleite soberano,
El vino amargo de la dicha mía?

¿Te hallabas tú en mi casa de Palermo,
Y como á mí el gobierno te retrajo,
Cuando yo con la fiebre del trabajo,
Y viejo, aun siendo joven, como un yermo
Miré la altura á que llegaba enfermo
De mi misión y mi esperanza abajo?

¿Ó estabas, tú, calmando mil revueltas

En las islas y el llano y la montaña:
Todos los males y las furias sueltas,
En lucha con tu patria y con la extraña?

¿Acaso estabas tú con Thorne fiero,
Cuando llorando sangre de patriota,
Hizo pedazos la extranjera flota
En el Paso inmortal del Tonelero?
¿Ó antes de eso... en...

*
* *

— « Las Musas son divinas... »
Y edifican ó arrasan sin cañones...
(Interumpióle el Vate tristemente)
Si no lanzan metralla demoliente,
Pasan las cumbres de la gloria, andinas,
Haciendo despertar generaciones!
« Las Musas son divinas
Cuando abrazan las urnas funerarias,
Ó las acciones torpes ó nefarias
Coronan con espinas!
Cuando el sueño perturban
Del Déspota, con hórridos espectros
Y al son punzante de acerados plectros

* Juan María Gutiérrez: « Introducción al Tirteo ». Montevideo 1841.

La conciencia le turban! » *

*
* *

Iba el tirano á replicar... mas, rudo,
Y formidable, como en vida hiciera,
Convirtiendo su pecho en propio escudo,
Sarmiento se arrojó cuerpo adelante,
Y así cual ruge el poderoso trueno
Que levanta un derrumbe de montaña
Del fondo de los llanos rebotante,
Cuando el crudo ciclón tala los campos,
De su oratoria bárbara con lampos
De aquellos que llamean en Facundo,
Ante el bronco concurso arrebatado,
Arrastró la memoria del culpado
En el perpetuo estercolar del mundo. *

¡Era el peñasco que sus manos grandes
Para arrojarlo al cráneo del tirano,
Arrancaron, en vida, de los Andes; **
Y produciendo huídas y desbandes

Más de una vez el formidable polemista, enlodó la patria y se eusucıó él mismo, por arrojar más lodo sobre el tirano.

** La caída del « Facundo ó Civilización y barbarie » desde las alturas de Chile, como lo dijo su autor, fué un lurte político (inmortal para las letras argentinas) producido por ese peñasco que él arrancara de la Cordillera, para lanzarlo á la cabeza de su enemigo,

Llegó hasta el Plata, rastrillando el llano!
Y antes que el gran Lictor de los proscritos
Su discurso acabase, en desenfreno
De palabras, de gestos y de gritos,
Otro poeta alzó la voz, dejando
Como al sonar de un trueno
Á su voz retemblando
Con ecos infinitos
El gran recinto de fantasmas lleno...

Era el tremendo Mármol, cuya nota
Remedando el fragor de las batallas,
Superaba en estruendo á las metrallas,
Y aun á la mina que en la cuenca explota!

El émulo del genio de Facundo,
Que, á la impulsión de su destino adverso,
Fué descolgando el trueno de su verso
Por toda la ancha redondez del mundo!

El que dejó en las cumbres y en las simas,
Y en la ciudad, y hasta en el mar ignoto,
Como el eco brutal de un terremoto
El resonar de sus brutales rimas.

El que viviendo en odio soberano,
Y palpitando en él, casi sublime,

Dió el Himno Cruel, que á la nación redime
De la vergüenza en que la hundió el tirano.

*
* *

— « Prestadme tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojar á Rozas tremenda maldición! »*

No quiero que humanice, mañana, mi memoria,
Si se me llama á juicio, ni un rastro de piedad;
El odio, el odio inmenso será mi inmensa gloria:
Que más que á mi alma quiero la patria libertad!

Tuviera yo mil glorias, mil veces las perdiera
Por extirpar la hiena, que al pueblo hace sufrir;
En odio á los tiranos llamear el Orbe hiciera
Aunque el salvaje incendio me devorase á mí.

« ¡Sí, Rozas, te maldigo! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mi espíritu agitó;
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas,
Pero como argentino las de mi patria, ¡no! »**

* José Mármol. « A Rozas », el 25 de Mayo: 1843.
** José Mármol. « A Rozas », el 25 de Mayo: 1843.

Que Dios de mis rencores castigue la vehemencia,
Si el olvidar la infamia acrece la virtud;
Que yo caeré al Infierno radiante de insolencia
Contento con el odio que me inspiraste tú!

« Sí, Rozas, vilipendia con tu mirar siniestro »
El sol de la Justicia que tan opaco está;
Obtén atenuaciones, que « el porvenir es nuestro:
Ni el polvo de tus huesos la America tendrá! »*

Escucha de mis versos la lúgubre armonía
Que embriaga de los niños el sano corazón:
Los años se han pasado, pero al clarear el día,
Aun turbate en la tumba mi eterna maldición!

Aun muerto te maldigo. La Historia me condene
Si sigo á mis rencores, tras de la muerte, leal;
Tu nombre como símbolo de los tiranos, suene,
Que el mío como el símbolo del libre ha de sonar.

*
* *

Alguien movióse á hablar, cuando el poeta

* José Mármol. A Rozas, el 25 de Mayo: 1845.

Su invectiva feroz hubo concluído,
Más que de ideas, de su aliento, falto;
Pero entre el gran bullicio y el ruído
Impuso, al fín, su autoridad secreta,
Una voz que bajaba desde lo alto
Así diciendo:
— Deponed, culpados,
Que vais del viento de la edad llevados
Á purgar en la noche del olvido
La pasión que aun guardasteis de la tierra
Y os hizo estar con la Justicia en guerra
Los unos de los otros alejados!. .

Y esa voz que escucharon los jurados
Como oyen, los que viven, el tañido
Que les llegó de pronto hasta el oído,
¡Oh, milagro insondable! descendía
Del cáliz de la flor, que portentosa,
Alumbraba la escena misteriosa
Con la luz de piedad que desprendía...

*
* *

Entonces, cual calmada, de repente,
El ánima angustiada de la gente,
Toda se serenó...

Reinó la calma
Por la celeste voz restablecida;
Y Maza dijo ansioso:

— Compañeros,
Que conmigo arrastráis la ardua cadena
Que nos unce al horror del alma en pena,
Por faltas y delitos no expiados
Al despedirnos de la amarga vida,
Ahogad la justa indignación un punto
En vuestro ardiente corazón difunto,
Y dejad que cohoneste, ó que disculpe,
El Dictador sus actos... Los rencores
Allá lejos quedaron, con la venda
Que nos quitó el morir... Á quien olvida
De la existencia el mal, del bien en prenda,
Le asisten de la altura los favores...
Cuando estamos aquí, Dios lo desea
De nuestra vida eterna en beneficio;
Por Él hagamos que este ingrato juicio
Digno de alzarse hasta sus plantas sea!

Prosigue Juan Manuel, ya tu descargo
Nadie interrumpirá!

*
* *

— Muy justamente
(Murmuró el infeliz, la arada frente
Oprimida con fuerza entre las manos)
Estallan de estas sombras los rigores.
¡Todo me acusa aquí! Por eso vengo
La atroz condenación que me persigue
Anhelando cumplir...

Llego á la cita
Con más remordimientos que temores...
¡Ojalá, mucho más, penar pudiera
Y de tanta visión, tantos difuntos
Que tiene el odio á mi memoria hoy juntos
Cuando en virtual separación vivían
Ha medio siglo, en un rencor tan solo
Y en su condigna pena se fundiera
La patria indignación; y que en mi alma
La voluntad del cielo se cumpliera
Con tal que, al cabo, iluminarse viera
El arco iris de mi ansiada calma!

¿Pero á cuándo esperáis... Bondad Divina?
Minuto tras minuto, hora en pos de hora,
Como lluvia de lágrimas ardiente,
Que en mi conciencia cava, roedora,
Los recuerdos tremendos de la tierra

Sobreviviendo en mi alma penitente,
Aumentan ¡ay! de su penar la guerra...
Tu cruel castigo... ¡ah mi Señor! me agita;
En mar de penas al azar navego;
Y cuando en alas de su inmensa cuita
Roza el recuerdo mi ánima maldita,
Á tu implacable tribunal me entrego
Potestad de los tiempos infinita,
Sin que consiga en mi dolor profundo
Hacer templar la maldición del mundo!

Esto, al decir, el pecador anciano,
La agria mirada que endulzó la pena,
De una tristeza extraterrestre llena,
Giró en contorno...

La temblante mano
Arrancó de la frente... En la rodilla
Dejándola caer, quedó un instante
Mudo y sin movimiento.

*
* *

El auditorio
Comenzó á murmurar... como en su orilla
Murmura el ancho mar, en mar montante...

Con la voz de un Quirite, en el Pretorio,
Cuitiño alzó la voz, la voz aullante
Que atragantaba el miedo del reproche
Que estaba en las honduras de la noche
Como antigua amenaza palpitante
En la futura maldición...

Cien otros
Hicieron como él; y fieramente
Salomón le imitó; Badía y Parra
Y Troncoso, invectivas le lanzaron;
Y henchida de odio la crispada garra
Casi hasta el rostro del Mandón la alzaron;
Y arrancarle la lengua amenazaron
Porque no hablara más...

*
* *

¡Vano afligirse!
— Mis víctimas y cómplices escucho
(El anciano siguió sin abatirse),
Acriminarme en torno. Mas ¿qué mucho
Que aquellos que maté, contra mí griten,
Si hasta algunos que fueron mis tiranos
Volviéndome más cruel, hoy, inhumanos,
Hacen que, en torno, contra mí se agiten

Víctimas y verdugos?

Si... Me acosan
Con el fácil reproche ó los recuerdos;
Y en enconar mi padecer se gozan! *
Ni mi castigo eterno les ablanda,
Ni al contemplar mi sufrimiento ceden...
¿Ellos, jueces? ¡Jamás!... Los vengativos,
Los que nunca lloraron compasivos,
Ni del bien, ni del mal, ser jueces pueden!

*
* *

Y como oyera que en contorno algunos
Proclamaban con frases rencorosas;
« Es acción santa exterminar á Rozas » **
Y que: « ¡Muera el tirano!... » voceaban;
¡Vuelva al trance fatal, una y mil veces!
Y viera que las hoscas calaveras,
Hacia él, con muecas y actitudes fieras,

* « Las circunstancias durante los años de mi administración fueron siempre extraordinarias : y no es justo que, durante ellas, se me juzgue cómo en tiempos tranquilos y serenos. » Juan Manuel Rozas. Carta desde Southampton.

** Premisa de Rivera Indarte; acogida, como bandera de combate, por muchos otros emigrados, de Chile, de la República Oriental del Uruguay y hasta de los que paseaban por Europa.

En revueltas falanges avanzaban;
Sintiendo los arranques de otro tiempo
Y de Dios olvidando la presencia
Al oír el hervor de la batalla,
Encendido de pronto:

— ¡Atrás, canalla!
Irguiéndose exclamó... ¿Por qué en la vida
No os alzasteis así? Pluguiera al cielo
Que resueltos, entonces, me matarais;
Y hasta el 3 de febrero, nunca impune,
Prohijar tanto crimen me dejarais!
¡Pluguiera al sumo Dios, que darme muerte,
Cual yo os hice matar, ora pudierais:
Que así endulzarais la tremenda suerte
De que voy ha diez lustros lamentándome;
Y mi perpetua angustia redujerais
De victimario, en víctima, cambiándome! *

¡Cual cuscos de arrabal, desde muy lejos
Ladrasteis al mastín, gente villana!

* « Si todo el que queria no podia hablar con él, verlo de cerca era sencillo. No habia más que apostarse cerca de su casa, ó que ir á pasear á Palermo donde el acceso no ofrecia dificultad, estando convertido en paseo público. »

... « Nadie atentó contra la vida del tirano... que era accesible á todos.» L. V. Mansilla. Rozas: cap. XI.

Y hoy, que escuchais mis ayes doloridos,
Atacais al inerme, cual gozquejos
En chacales y hienas convertidos!

*
* *

— ¡Calle el traidor!...
— ¡Que calle el cruel tirano!
— ¡Impídasele hablar!
— ¡Á degollarle!
Un jurado exclamó con voz de trueno.

Mas Rozas, con arranque soberano,
Al ver que no querían escucharle,
Afónico siguió, de furia lleno:

— Aunque infamantes, más, las maldiciones
Mi nombre envuelvan en ludibrio eterno,
Si Dios no enfrena ya vuestras pasiones,
Furias, más que las furias del Averno,
Hasta en las mismas puertas del Infierno
El alma os cruzaré con mis razones!

¿Convictos ó inocentes, uno solo
Pudiera, acaso, disculpar conmigo
La vil blandicie y el villano dolo

Con que fué un tiempo de mi obrar testigo?

Vos no sois quién para juzgar... Mil veces
Os lo habré de decir... Y Dios, que escucha,
Tan imposible juicio lo discierna;
¿Cuál es más criminal: aquél que en lucha
Entre el desquicio y la maldad, gobierna
Con la turba brutal de alma asesina;
El que de lejos grita impunemente;
Ó el repleto burgués, de alma indigente,
Que á vil coyunda la cerviz inclina?*

¡Odiadme si queréis! ¡Pagad con creces
La atroz crueldad de mi gobierno obscuro;
Pero, hasta el día del triunfal futuro
Mis cómplices seréis, mas no mis jueces!**

Fuí yo arrastrado en la sangrienta onda
Como tabla en el mar... Sin un amigo;
Sin una voz que me mostrara el rumbo
De la incierta verdad... Sin consejero

* « En cualquiera de ambos casos en que nos coloquemos no resultan circunstancias atenuantes, sino para los instrumentos, que no deliberan, que podian ser en su hogar hombres con entrañas. » Ibidem, Mansilla.

** « Porque no pueden constituirse en jueces los enemigos ni los amigos... las mismas victimas que se dicen, ni los que pueden ser tachados en los delitos. « Protesta » de D. J. M. Rozas.

Sino el odio y el mal... cuando en contorno
Se hundía la República en bochorno
De anarquía feroz! Todos mandaban...
Y de cada provincia que obtuvieran
Nuestros solemnes Padres, con su sangre,
Un cacicazgo hiciérase bien presto,
Si á disputar la Patria á su destino,
Hasta el mismo dictado de asesino
Yo no me hallase á soportar dispuesto! *

Si á Dorrego matando, el gran Lavalle,
Toca en la heroicidad, y ello os conmueve,
El llanto haciendo que os inunde el rostro,
¿Quién á increparme de ruindad se atreve
Cuando hasta el crimen cuya angustia arrostro
La integridad de mi nación me lleve?
Si aun no maté, matando, la anarquía;
Y la unión nacional hacer no pude,
¿Habrá un patriota que sincero, dude
De lo que entonces, sin matar, se haría?
Nadie lo dudará, cinco repúblicas

* « Durante presidi el Gobierno de Buenos-Aires, encargado de las Relaciones exteriores de la Confederación Argentina, con la suma del poder por la Ley, goberné según mi conciencia. Soy, pues, el único responsable de todos mis actos, de mis hechos buenos como de los malos, de mis errores y de mis aciertos. » J. M. Rozas. Carta de Southampton, 6 Mayo 1870.

La integridad de la nación rompieran,
Y en fratricida horror nos envolvieran...
Y pretendéis que atribulado calle
Cuando flotando en el supremo abismo
Bajo el ojo de Dios... ¡que mi ansia acalle!
Aun siento horror de mi valor yo mismo?

Muchos males forjé... mas muchos otros
La turba cometió desenfrenada
Bajo la Egida ardiente de mi nombre:
Hoy prenda de baldón para vosotros,
Ayer hasta mi efigie paseada
Fué entre el respeto y la ovación del hombre!

*
* *

— « Así dijo el tirano (interrumpióle
Juan Cruz Varela, cual lo hiciera en vida,
En la Oda de afectos encendida,
Que la gloriosa Ituzaingó inspiróle)
Así dijo el tirano, pero escrito
Estaba ya en el alto firmamento
Con carácteres ígneos su delito,
Con carácteres ígneos su escarmiento. » *

* Juan Cruz Varela: « Campaña del Ejército Republicano al Brasil y triunfo de Ituzaingó ». Canto Lirico: 1827.

« Feroz y medroso, desde el hondo encierro
Do temblando mora, la mano de hierro
Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.
Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
Los hombres de Mayo son hombres de crimen
Para este Ministro del genio del mal.

Y tú, Buenos-Aires, antes vencedora,
Humillada sufres que sirvan ahora
Todos tus trofeos de alfombra á su pié?
Será que ese mónstruo robártelos pueda
Y de ti se diga que solo te queda
El mísero orgullo de un tiempo que fué? » *

*
* *

— ¡Mentís, cobarde! ¡Y mentirás cien veces
(Rozas le contestó) ¡Y eres infame
Con ese pueblo que ensalzar pareces!
Si él me viera ladrón; si él asesino
Y cruel tirano, en contra de él, me viera; **

* Juan Cruz Varela: « El 25 de Mayo de 1838, en Búenos-Aires ».

** « En veinte años que la prensa del mundo sirvió á mis enemigos de instrumento para inventarme cargos, á nadie ocurrió imputarme el de robador del tesoro público... » Representación al Gobierno, de la Provincia, 1853. « Mas cuando la orden de V. E. me quita mis propiedades y se apoya en hechos los más vergonzozos; juro ante Dios y el universo, no haberlos cometido. » J. M. Rozas. Protesta.

Él, que puso en mi mano su destino;
Atravesado pronto en mi camino,
Su mano invicta sobre mí pusiera:
Que donde nace San Martín y Pringles
Guillermo Tell ó Régulo naciera!

*
* *

Entonces un niño de enjuto semblante,
De profundos ojos de inquietud mortal,
— ¡Eres tú el que mientes! Le gritó arrogante
Y Balcarce, á Rozas se osó adelantar.

Yo, niño, la escuela dejaba aquel día
Que tanto humillabas á mi pueblo tú;
Y ansioso, á mi pueblo, mi verso decía
Del gran sol de Mayo llorando á la luz:
« Mirando á la Patria, su oprobio me humilla
Sus hijos dormidos su afrenta no ven
Reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla
Y horrendas cadenas arrastran sus pies.
De inicuos tiranos el ceño que espanta,
La turba de impíos que erguidos están,
Son grano de polvo que el viento levanta:
Cesando los vientos, al suelo caerán. *

* Florencio Balcarce « La Partida ». 1837.

Y hoy lloras caído... Fué el niño profeta
Aunque no blanqueaban las canas su sien:
Que siempre es de anciano la voz del poeta
Y es ya profecía su verso al nacer...

*
* *

— ¡Calla, imberbe garzón! — Clamó el tirano;
Eco inconsciente de maldad sin nombre:
Toma alto ejemplo en mi miseria de hombre
De lo que dura el poderío humano.
¡Escuchadme y temblad; feroz jauría!
¡Yo, delinquí! Del crimen compañero
Viví, dormí con él: purgarlo quiero...
¿Qué más contra mí ansiáis? ¿Cuál de vosotros
Supo acusarse así?* ¡Si solo un día
De falta, un siglo es de dolor! ¿Podría
Cumplir mejor el veredicto tardo
De quien castiga el mal?... Conciencia mía,
Cuánto tu muerte en esta muerte aguardo!
¿Que delinquí?; Lo sé!... ¿Quién no se engaña?
La iracundia del bárbaro enemigo,
Falso y desleal, y por demás artero,
Con sus violencias me volvió más fiero

* « Ninguna persona me aconsejó la ejecución del Cura Gutiérrez y de Camila O'Gorman...» J. M. Rozas. Carta escrita desde Southampton.

Y me inyectó crueldad...
¿Dónde, la queja?
¿Dónde la veis, los que labráis la Historia;
La queja heroica, que al varón refleja;
La queja digna de volverse gloria?
¿En dónde el hombre libre, dónde Scévola,
Ya de intento ó de acción? ¿Dónde el muchacho
Que, dado al sacrificio con vehemencia,
Héroe bendito de la noble saña,
Me arrancase el poder con la existencia
Un puñal revolviéndome en la entraña?

¡Sí! ¡Delinquí! ¡De Dios Sumo en presencia
La verdad pura y sin temor confieso!
¡Perdón quisiera del que, injusto, en vida,
Cegado, hice matar, ... mas del cobarde
Solapado adulón, que con mentida
Rigidez, se presenta ora el primero,
De ese, en mi eterna y nocturnal caída,
Ya ni perdón ni condolencias quiero! *

* « E lque no está conmigo és mi enemigo. » Proclama de Rozas.

VI

REMORDIMIENTO

Cual se levanta la onda de los mares
Si el viento la contrasta, el auditorio
De fantasmas terribles, en terrible
Tumulto se movió. Y eran aquellos
Del crimen, en la tierra, familiares
Los que más hacia el réprobo avanzaban;
Y armados con sus dagas de asesinos
Ya sobre el asesino se lanzaban,
Cuando la masa transparente y pura
De las honradas víctimas caídas
De Rozas en la odiosa dictadura,
Cerrando el paso á las furiosas gentes,
Pusieron en sus ánimas en pena
La conmiseración y la blandura
De que está el alma del arcángel llena.

Frías, el bueno, enérgico aunque blando,

Con su huesosa mano de difunto
Al alto cielo obscuro señalando,
Dijo: — ¡Dejadle! Que termine al punto
Su defensa ante Dios, que es el que juzga.
Como el que más le execra le aborrezco;
Mas una parte de la gloria mía,
Con el perdón que su conciencia ansía,
Por rescatarle del Infierno ofrezco.
Escuchadle con ánima serena...
De vuestra furia cruel, tened el vuelo;
Aquí, en la azul serenidad del cielo,
El alma implora, sólo Dios, condena!*

*
* *

Hosca á sus puestos se volvió la gente;
Y el triste á sus recuerdos condenado,
Diciendo así siguió dolidamente:

— Si yo maté, si yo apagué la vida
Cual se apaga una luz que nos estorba;
Si los ojos cegué; si ahogué las voces,

* « Rozas está condenado por la conciencia pública y por su propia conciencia. Y el modo más decoroso de protestar contra la tiranía, es user dignamente de la libertad... á los hombres de principios no les es permitido todo contra los tiranos: no les es permitido imitarlos. » Sesión dal 27 Dbre. 1857 C. D. discurso del Dr D. Félix Frias.

Y el corazón privé de movimiento
De los seres que odié, nunca pensara
Que, al cuajar en los labios el acento,
Perenne el alma en su maldad dejara...
Yo pensaba extinguir: matar del todo;
Pero no de su jaula dar salida
Al ave envenenada de la vida
Que iba, en el Cielo, á salpicar su lodo!
Si tuviera cabal conocimiento
De la muerte, mis víctimas vivieran,
Y á enconar mi eternal remordimiento
De la tumba, como hoy, no se movieran!

Inocente no soy; mas fuí culpable
Á la manera que el jaguar cebado
Que sacia en el campero desarmado
Su apetito de bestia irresponsable.

En la panza caliente de las yeguas,
De las vacas en la hoya palpitante,
Mi puñal ensayé... Todas morían
Cuando el chorro vital desalojaba
La caja del calor; y no volvían
Ni á gozar, ni á sufrir...*

* « Los argentinos... desde la infancia, están habituados á matar las reses, i este acto de crueldad necesaria, los familiariza con el derramamiento de

Tal al humano
Yo pensé exterminar.

¿Por qué callaba
Tu voz en mí, Señor? Tú, joven bello,
Cuyos ojos mirábanme tranquilos
Cuando el hierro alevoso, con sus filos,
Del sol, por siempre, te robó el destello,
¿Por qué al caer, no me dijiste, entonces,
Que iba á volverte á ver?
Mas hoy lo advierto,
Vivo á penar, y á redimirme, muerto!
¿Esto es justo, Señor? ¿Poder augusto
Que me entregaste al mal, es esto justo?

Inapelable Dios, yo no pretendo
La justicia inmanente de tus fallos
Rebelde transgredir. ¡Mío fué el crimen,
Y su castigo atroz estoy sufriendo!
Mas los hijos lactantes, de mis hijos
Puros cual la bondad, ¿qué culpa tienen
De cuánto hiciera yo? ¿Por qué tan tarde
Á recobrar el suelo de la patria
Con el estigma del delito vienen?

sangre, i endurece su corazon contra los jemidos de los victimas ». D. F. Sarmiento. Juan Facundo Quiroga P. Ibid.

Puro como ellos penetré en la tierra
Un día yo también... Como los pájaros
Que se echan á volar...
Grandes, abiertos
Los inocentes ojos, de la Estancia
Bebiendo el cielo azul; la acre fragancia
Del trebolar de olor de los desiertos
Aspirando al crecer... y ya la pena
Infiltróse en mi sangre... y sus latidos
Conservaron por siempre los resabios
Del beso del Dolor, dado en mis labios
Aun de leche materna humedecidos! *

Joven me ví después... ¡Oh, Dios! ¡Tú sabes
Con cuánto afán me abalancé á la vida
Inmaculado y bello sobre el llano!
Despertaba á la Pampa adormecida
Aun antes que la luz y que las aves
El galopar de mi alazán pampeano
La rienda audaz sobre la cruz caída...
Franco el pecho á la lumbre y al ambiente,
Yo lanzaba mi potro como un rayo
Por la terrestre inmensidad. **

* Imberbe aún, según Mansilla, tuvo que huir de casa de sus padres; donde, niño todavia, se le dedicó al más bajo de los oficios : para ablandarle el carácter...

** « Es un prodigio de actividad : sufre accesos nerviosos en que la vida

En ella,
De luchar y vencer cumplí el ensayo,
Que á dominar la adversidad provoca.
Allí aprendí la indiferencia loca
Del bien como del mal. ¡Oh Fuerza, Fuerza!
Tú, que á mi infanda culpa me arrastraste,
Maldita seas por el alma humana
Así en la buena como en la hora adversa!
¡Oh violencia bestial! Tú me enseñaste
El estoicismo bárbaro del llano
Endureciendo mi alma á toda pena
Como á todo placer: en la Natura
Á todo igual, de todo enamorada,
De la fuerza rendida á la ventura
Y á sus inicuos fallos resignada.
Tras el rayo que incendia el sembradío
Y mata al labrador, y á cuanto toca
Á pesar de venir del justo cielo,
Distánciase la nube que llevada
Como una gasa por el viento alisio,
En el límpido espacio se desfloca...

predomina tanto que necesita saltar sobre un caballo, echarse á correr por la pampa, lanzar gritos descompasados, rodar, hasta que al fin estenuado el caballo, sudando él a mares, vuelve a las habitaciones fresco ya i dispuesto para el trabajo. Napoleon i Lord Byron padecieron de estos arrebatos, de estos furores causados por el exceso de vida. » D. F. Sarmiento. « Civilización y Barbarie ». Tercera Parte C. I.

Y rie el sol sobre el brutal desquicio!
Y la natura entera, en su bullicio,
La diana atroz de su contento toca!
Mientras en luto yace la familia
Que aun ni soñó en el mal.
¿Es, por ventura,
Es éste, ¡oh magno Dios! tu magno juicio?

Ó la humana razón sólo es locura,
Ó, como el sol que tras la nube llega
Y enceguece á la humana criatura,
Tu designio, Señor, cuando fulgura,
El raciocinio de los hombres ciega!

— ¡Calla... infeliz!...
(Gritóle Félix Frías)
Te condenas aun más, pues que blasfemas!
Pero el tirano contestó:

— ¡No temas!
Hoy Dios su gracia y su bondad supremas
Quiere medir con las angustias mías...
Él me dejó pensar que el torpe duelo
Que sembraba mi paso por el suelo,
Haciéndome del mundo aborrecido,
Cual la tormenta que rompió en verano,

Tras la renuencia del reproche humano,
Se disolviese pronto en el olvido...
Mas... ¿ quién en tal abismo me ha sumido?
¿Quién me perdiera...? ¿El alma ó la materia?
¡Tu voluntad, Señor, de vuelo eterno,
Que nos deja cual naves sin gobierno
Náufragos en el mar de la miseria
De la maldad! ¿Quién dijo á los vivientes
Que, tras del crimen y su nube obscura,
Aun puede el corazón, como la altura,
Tener días de sol resplandecientes?
¡Ese fué un criminal... tal vez más duro
Que no lo fuera yo! ¿Pues quién inventa
Más terrible maldad? El que resbala
Más no se tiene, en vida, ni tras de élla:
Si el genio impío sujetóle el ala,
Y el mal destino su condena sella,
¿Quién lo habrá de salvar?
— Yo! (dijo muda
La santa flor de luz compadecida)
Que soy verdad, camino, amor, y vida...

Y Rozas prosiguió: Largo escarmiento
Ya en la vida sufrí... Doquiera, huraño,
El mundo hostil y á mi dolor extraño
Fué como un eternal remordimiento

Que acrecentóse en vida... y ni un instante
Dado me fué de mi inquietud gigante
La fiebre descargar; que dondequiera
Que mi maldita planta dirigía,
El reproche fatal, de faz severa,
Aquí en mi anciano corazón mordía
Con el furor hambriento de una fiera...

*
* *

De la nublada Albión en la ribera
Al fin logré expirar. Era una tarde,
Y era un amanecer... Fulgores rojos,
Preñados de esperanza, me alumbraron
Por la primera vez... Cerré los ojos
Y á la mar me entregué...
Calma infinita
Reinaba en derredor del navegante...
Oh, Dios. Tremendo Dios! ¿por qué un instante
No me aliviaste el alma vacilante
Dormir haciendo, allí, mi inmensa cuita?

Aun veo al nauta torpe y descuidado
En barca sin timón, y ¡ay! cuán le envidio
La fe brutal que su honradez le ha dado!
Á mí la misma limpidez del aire,

El mismo mar que mansamente undula,
La misma calma que su seno llena,
Despiértanme intranquilo en el instante:
Mi alma, que un lago sin doblez simula,
Como el lago, también, al menor viento,
Levanta marejada impresionante
Rizada por el aire en un momento...
Es el aire este cruel remordimiento
Que me criba de espinas el espíritu...
Él atisba el instante de bonanza,
Y con saña implacable y vengadora,
Me turba hasta el destello de esperanza
Que medio columbré...

¡Señor! Ya es hora
De alcanzar el perdón que tanto ansío!
¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piedad, Dios mío!
¡Piedad! ¡Piedad! ¡Señor!

*
* *

Aún la tremenda
Turba, al oír del triste la plegaria,
Algo empezó á gruñir...
— ¿Tiempo es ahora
De lamentarte así? Tú, que el acero

El veneno, la bala, la traidora
Falacia empleaste con los mismos tuyos,
Sin ni á uno olvidar?

Gritó implacable
López desde la sombra de su asiento,
En un rapto de furia indomeñable.

Pero como un terror en fría ráfaga,
Los muertos pechos, en aquel momento,
De todos ocupó; y entre los labios
Cuajó las amarguras del reproche,
Del insulto soez y los agravios
Que la plegaria del juzgado en todas
Sus víctimas movió...

Pues del profundo
Y populoso azul, atento de astros,
Cual descienden las gotas del rocío
Convertido en vapor, sin dejar rastros,
Sobre el extraño cónclave lloraba
Un coro, que de lo alto destilaba
Como un frescor sagrado,
Cuyas flébiles notas
De milagrosas gotas,
Tópico blando al corazón traía...

Y en eco acompasado
Y en cántico acordado
Á un cántico litúrgico decía:

*
* *

¡Ah! Bienaventurado
El criminal que llora:
El labio con que ora
Por la mano de Dios será tocado.

¡Ah, bienaventurado
Del criminal que implora!

Largas serán las penas,
Las angustias amargas,
Del infeliz culpado;
Mas tras las horas largas
Romperá del castigo las cadenas...
Ah, bienaventurado
El que acató las celestiales penas!

Quien dá curso á su cuita
Del Señor en el seno recogido,
No el perdón de los hombres necesita...
Mas, sí, el terrestre olvido!

El criminal, el réprobo, el malvado,
Si á purgar su castigo se doblega
Es bienaventurado:
Que del mortal que ruega
Y hasta la mela del perdón se allega,
El labio con que ora
Y los ojos de lágrimas cargados.
En su última hora
Por la mano de Dios serán tocados!

*
* *

Y músicas extrañas para la tierra impura,
Compuestas de armonías de goce celestial,
Cantaron el hosanna que cantan en la altura
Las almas, cuando á una alma consiguen libertar...

Con luces de alegría los astros parpadearon
Vertiendo su delicia en el espacio azul,
Y por la obscura tierra, y en ráfagas, cruzaron
Alientos de los cielos cargados de virtud...

Del hombre y de las bestias templadas las pasiones,
Henchido fué el ambiente de una aura fraternal;
Y sístole divina de santos corazones
En el espacio inmenso sintióse palpitar...

Y el llanto de las madres de que nació el Querube
Que con su flor de fuego la escena iluminó,
Cuajado, de los cielos en pasajera nube,
Formó sobre el congreso fosfóreo corazón.

Y símbolo, al Jurado, de nacional fortuna,
Trocóse ante los ojos de sus testigos mil,
En el plateado disco de una tranquila luna
Que iluminó á Palermo y el campo hasta el confín.

Y entonces vió el Jurado, de horror sobrecogido,
Sus almas, cual palomas que cobran libertad,
Unidas y abrazadas hundirse en el olvido...
Mientras la sombra espesa volvióse á encapotar.

VII

VEREDICTO DEL SILENCIO

Cuando el coro en la altura se apagaba,
Muchos espectros de inquietud transidos
Iban á hablar... Orar tal vez querían
Y el Jurado dejar arrepentidos
Donde en silencio el criminal lloraba...
El macilento rostro entre las manos,
Rozas gemía.

*
* *

Un imponente viejo,
Más viejo que del mundo los ancianos
De las edades bíblicas, que nadie
Viera hasta entonces en aquel consejo,
Gloriosa claridad en torno suyo
Alzándose lanzó...

Y eran sus ojos
Como el cielo tranquilos; y tenían
Del cielo y la bondad la augusta calma...
Luengas sus barbas eran, como el río
Que corre sin cesar, de las edades;
Blancas, cual la virtud...

Su aire sombrío
Aunque hondamente resignado. Puro,
El fulgor alumbrante de sus ojos;
Que, dondequiera que en redor fijaban
Su mirada de bien, limpia mostraban
La verdad de los hombres y las cosas
Tal como fueron... En la una mano,
(Que eran ambas inmensas y huesosas,
Como para alcanzar á gran distancia
El ser y los objetos) sostenía
Un extraño aparato, en que el humano
Río sin ondas de la edad corría...

De nubes su poblada cabellera
Era blanca hacia atrás, y perceptible;
Y extraña, indescifrable, incomprensible
Hacia adelante, era.

Se veía

La pierna en que apoyó, detrás dejada,
Á fin de sostener el cuerpo yerto
Hecho de sombra y luz; mas la otra pierna,
Hacia el concurso, súbito avanzada,
Nadie podía ver... cual si estuviese
Como el cuello de un monte envuelta en brumas.
Todo á espaldas del viejo alboreaba
Como á la luna el mar, lleno de espumas;
Todo á su frente, en sombras, se arropaba...

*
* *

Y así el anciano dijo, en un lenguaje
Que el extraño concurso de fantasmas
Apenas comprendió:

— Los vivos lloran
Los pasajeros males de la vida,
Que, cual las vidas de ellos, se evaporan...
La eterna culpa en lo eternal hundida,
No puede ni aun llorar!... Orar no puede
Como ruega el mortal, con esperanza;
Y el fondo á ver de su dolor no alcanza
Aunque hasta el fondo del castigo ruede.

Tras vuestra vida, de perpetuo duelo
Sin hora de reposo, la existencia
De otro vivir... Tras la ampliación del vuelo
Para huir de sí mismo, el hondo anhelo
De transmigrar sin escapar su esencia!
Tras la onda que pasa, la arrogante
Onda que viene atras... tras esa, una otra...
Y más atrás, la serie indefinible
Rizada por lo Eterno, del purgante
Atroz supervivir...

Y sin embargo,
Cuán ciego es el mortal é incorregible!

Todo es misterio y sustos para el alma
De quien se ve en un barco, abandonado
Á la merced del piélago flotante...
Desde la misma indiferente calma
Con que el mar se despliega, hasta el solemne
Callado y colosal recogimiento
En que vaga la brisa...

Abovedado
El cielo azul, se inclina, cual pensante
Sobre la escena; y su mirar atento
Da más grandeza al desdoblar de la onda

Que tiéndese y se escurre, desvelada,
Tal vez buscando el arenado asiento
De la distante playa acantilada
Que, allá en las tardes, refrigera el viento:
Y el alma, á la merced de las pasiones
Que arrebatan al hombre en su crudeza,
Y que el esquife de su carne oprimen,
Y lo hacen zozobrar, ¡duerme!... en las plumas
Hundida como un ave la cabeza...
Tranquila ¡ay Dios! cuando cayó en el crimen.

¡Bien quisierais ser onda, hombres tenaces!
Y como la ola de agua, ir á tenderos
En el Olvido, sin razón ni meta...
Á fundiros en ondas sin gobierno
É impunes arribar hasta el eterno
Sueño feliz de la extinción completa!
Llega la onda del mar á la ancha playa...
Y la conciencia á Dios...!

*
* *

— ¡Fuera sermones!
¡Consejero senil!

— ¿Quién es el viejo?

¿Diga su nombre ya! Gritóle Parra
De furor arrugado el entrecejo,
Lanzándose hacia él.

Pero solemne,
Más aun que un Profeta, el noble anciano
Conteniendo á las turbas con la mano,
Y más que con la mano, con el gesto;
El pensamiento en las edades puesto
El dictado escuchando de la altura
Entre un ambiente de ideal dulzura
Tranquilamente contestó con esto:

— ¿Me preguntais quién soy? En vuestra cuita
Os duele que mi voz ponga en vuestra alma
Duda de la justicia que pensabais
Al tirano aplicar?

Miráos dentro...
Seguro es que en vosotros también grita
La ágria voz del error... ¿Quién no delinque?
¿No veis al criminal?

¡Miradle ahora
Á través de mi barba!

*
* *

Levantóse
La turba descompuesta y rugidora
Y hacia Rozas miró.

¡Oh, Dios sagrado!
¿Era aquello verdad?

Junto al juzgado
Que en el banquillo fúnebre se hallaba
De sangre y lodo y de rencor cargado;
La misma gente que el horror miraba,
La gente que al tirano condenaba,
Cual si ella fuera Dios, también caída
En honda iniquidad, como culpable,
Se vió de pronto en el banquillo hundida!

Éste, porque hostigó; porque callóse
Y ocultó la maldad, el que le sigue;
Aquél, porque á los ímpetus prestóse
Del tirano cruel; muchos, por débiles;
Por cómplices los más; por ignorancia
Alguno que otro, que aplicar, queriendo,
Teorías imposibles, en la infancia
Dejaban entregada á su tirano

La joven Patria, por favor pidiendo
Tan solo un buen tiranicida, en vano!

*
* *

— Salid vos del concurso, noble espíritu,
(El Justo prosiguió con voz potente)
Que sin mancha caísteis... Vos, Poeta
Llena el alma de luz... y vos, buen sabio
Que volcasteis el ánimo valiente
En el mar del dolor... Salid vosotros,
Que de virtud vestisteis la alma quieta
Y, aunque tímidos, fuisteis hombres buenos...
¡Salid! ¡Salid! ¡Subid!

En los serenos
Ambitos del espacio, tachonados
De curiosas estrellas parpadeantes,
Como en rayos de luna amortajados,
Ascendieron cien formas palpitantes...

El resto del concurso, como brama
Furioso el mar en la borrasca:

— ¡Diga!
¿Diga el viejo quién es?

(Tremendo, clama).
¡Y que muera después! No se interrumpa
La sesión por tan fútil contratiempo.

Mas el anciano, en tanto aparecía
El alba, que en el cielo se extendía,
Exclamó al disolverse:
— Soy el TIEMPO.

Y, en las ruinas desiertas, cayó el día.

FIN

POST-SCRIPTUM

Á QUIEN HUBIERE LEÍDO

El autor de este libro se resiste á creer en la generación espontánea de la crueldad y de la injusticia en el espíritu humano. Apenas si la realidad de las sevicias é iniquidades á que se ve forzada la política del presente, le obliga, muy de tarde en tarde, á convencerse de cuánta perversidad puede hacer germinar el error y la reincidencia en el mismo, dentro del alma del hombre menos avieso. La necesidad es ley cruel; y ¿ quién determina y limita la necesidad de quien manda?

Queda dicho, con esto, que han de producirle al autor de este libro más tristeza y conmiseración, que repugnancia y que odio, los cargos que mantiene la Historia, y que aún subsisten erguidos por la sanción popular, contra Rozas: el famoso desequilibrado, depositario un día de la

suma del poder público en la República Argentina. Quien entrega sus derechos, no es menos criminal que quien los conculca.

La demolición, ordenada por sanción oficial, de la ya vetusta casa de Palermo (en donde habitó el tirano, mansión interesantísima y tan llena de recuerdos, bien que acres y en su mayor parte luctuosos) al ser notificada por los diarios que le llegaban á su retiro en el extranjero, le ha inspirado este Poema á su autor, para quien solo es interesante el gran dolor ó las bondades fecundas, las alegrías sanas, ó la santa vulgaridad: sí, la santa vulgaridad, que solo es despreciable para el común de los vulgares!

Duélele, empero, al poeta, casi tanto como la tiniebla moral de aquel pobre enfermo, insano de una hora, la afasia social de dos ó tres generaciones de muy buenos argentinos que, llevados de su dolencia, hicieron del delito ageno una bandera, y del rencor político propio, encarnizado, la suprema idealidad. De aquel veneno inyectado inconscientemente acaso, por los que nos precedieron en la vida nacional, en nuestra sangre, todos guardamos, hasta hoy, las partículas ponzoñosas. ¡Cuán hermoso sería, sin embargo, que la desaparición del culpado de sobre

la tierra, diera lugar al aplacamiento en el espíritu público de los casi justos odios que contra él se levantaron, y de los rencores personales que avivara con su error! Viviera, entonces, noble, en el alma popular, en vez del aborrecimiento al criminal, la renuencia perpetua hacia sus crímenes! Borrada, así, toda especie de rencor á las personas, la alta moral política anidaría en el corazón argentino: la enfermedad se transformaría en salud, y la mala pasión en serena y firme rectitud de conciencia.

¿Puéde ser acaso fuerza eficiente, para los altísimos destinos de los pueblos, lo que no sea hijo de la virtud? El rencor hacia los muertos le es odioso, al autor de espíritu elevado, no digo ya hasta cuando ellos se llamen Rozas; hasta en el caso tristísimo para la estirpe humana, en que aquellos sacerdotes por contraste, horrorìzense de llevar nombres y famas tan pesados como el de Calígula. Y es que, del grave error de personalizarlo todo y de encarnar hasta los símbolos, provienen muchas causas de retardo ó de retrogradación en nuestra vida juvenil de pueblo libre. El empeño de diputar á un hombre con toda la suma del elogio, ó de vestirlo con el traje completo de la ignominia ó de la vindicta pú-

blica, lleva á la debilitación misma de la emotividad del reproche, ó del aplauso, en el temperamento más sensible. Quien, perdonando al tirano inspira al pueblo el horror de la tiranía, sirve mejor al país que el rencoroso lapidario de memorias despreciadas y castigadas. Matar muertos, no es difícil: lo que vive por desgracia, largo tiempo, y tiene la vida muy dura, es la iniquidad. Ella es el gran enemigo de nuestra estirpe. De ella, y solo de ella, es de quien se debe inspirar santo horror á los que nos sigan. Y ella es la fuente de inspiración de esta obra; ya que no haya llegado á serlo la simple conmiseración á que nos deben mover los muertos.

De una noche de insomnio reflexivo y de dolor, madurando estos pensares, ha nacido, así, febricitante y confuso, este poema; que acaso no lo es tal, puesto que puede que sea tan solo una plegaria. Valga lo que valiere, puede tener la seguridad el lector, de que la maldad no ha sido quien lo ha inspirado. Los hombres, los partidos, el país mismo; las edades; todo, se achica tanto para el poeta que hierve inspirado por elevada pasión, que no se podría reprochar al visionario, haber herido con las puntas de

sus alas ansiosas de aire y de luz á los unos ni á los otros. Si hubiere heridos, que disculpen la torpeza!... El autor no los ha visto. Estaba tan lejos de ellos!

En cuanto á la sanción pública de su obra...

Flotando, por otra parte, en el ambiente sereno de la ideal Justicia, y habiendo bebido el néctar delicioso de sentirse, durante las horas de la fiebre de la inspiración, tendido á sus divinas plantas, le es indiferente, hoy por hoy, al poeta, la rechifla ó el aplauso: sabe que la una ó el otro suelen ser flores de un día: y el sueño de la supervivencia, en que le sumió la fiebre del parto, es ya más que noble premio de su esfuerzo.

Grande ó pequeña, crée el inspirado, en su misión y en su obra. Más, mucho más que haber creado una muy bella producción estética, le interesaría, al autor de esta, hacer con ella una obra de bondad pura. Esto, en caso de que toda belleza no fuera la bondad misma. Fanático, ó vidente, alucinado ó iluminado (como el artífice ideal), se engrandece con el ejercicio de su obra; y las nimias consideracines de amarguras que duran un momento, no han de apagar las resonancias de un grito, que, ha sonado de si propio: como aquellos escudos mila-

grosos de los guerreros de la Walpurgis, en las horas de las grandes iniquidades ó de las altas justicias ó de las sevicias cruentas.

Por eso, este libro, como todos los de su autor, hijo de la sinceridad de su estro, brotó de una intensa vibración de su temperamento artístico herido por la conmiseración y la duda. No ha sido hecho, nació; no vindica ni acrimina, expresa; no es ni falso ni verdadero, es el estado de una alma.

Hay un punto muy interesante en la psicognosia argentina, que bien dilucidado por alguien mejor preparado para el efecto, que lo está quien esto escribe, podría, ya hoy, dar mucha luz, afianzando una base de la filosofía de nuestra historia, en un período harto obscuro y complicado. Me refiero á la imputación de « representante de la barbarie » hecha á Rozas. Yo me atrevo á decir, que no me parece exacto que, el llamado tirano porteño, hijo mimado de la mejor sociedad y de tan encumbrada estirpe, tal como le pintan sus hechos propios ó los que le son imputados, fuera la encarnación genuina del espíritu gaucho en el gobierno de nuestra convulsionada República. No puedo persuadirme de ello, á pesar de lo que han dicho y

escrito autoridades tan incontrovertibles como lo son las de Sarmiento, López, Mitre, Saldías, Pelliza y, hasta muy últimamente, Mansilla. Las condiciones que caracterizan la obra de Rozas, no tienen, á mi ver, los caracteres de desorden é improvisación que distinguen los procederes del hombre de nuestros campos.

Muchas veces me he preguntado, durante el transcurso de la lectura de las páginas de los autores citados, ¿cómo era que, casi de acuerdo con ellos, sentía empero, yo en mí, que tal aseveración podía ser revocada á duda. Hoy, ya, aquella premisa ha vestido en mi reflexión los colores que cohonestan la simple inexactitud; y aprovecho esta ocasión para decirlo.

Porque el gaucho es, afírmese lo que se quiera para probar lo contrario, esencialmente repentista: hombre de pasión. Rozas, por lo contrario, fundamentalmente reflexivo, poco dado á los arranques, ni aun á las violencias físicas (á pesar de lo que nos ha enseñado épicamente Sarmiento), descubría hasta en sus aparentes arrebatos, el sedimento de un juicio. Sus actos fueron siempre menos físicos que psíquicos: erróneo ó acertado, el juicio previo existía; la cabeza estaba en ejercicio; el cora-

zón, fuente de las acciones del gaucho, dormía, muy á menudo, en el seno del pecho contrastado del « Restaurador de las leyes ». Así como él, era, en el fondo, unitaria su política; á pesar de proclamarse federal y querer inculcar tal idea en su pueblo á fuerza de sangre y fuego (hecho que han visto muy bien los historiadores citados). Corrió riesgo de maldecir de sus principios, vistiendo con ellos á los unitarios; de quienes renegaba y á los que estigmatizó con violencia (por que acaso viera en ellos más bien émulos que enemigos fundamentales) Y así, no obstante aparentar descuido y tendencias gauchescas en el traje, y en los modales á veces, era Rozas á mi ver, tal vez el más empinado de los « lomonegros ». ¿Como había de representar al gaucho en el Gobierno, quien tenía el alma mas genuína de un autócrata? Al contrario. Él fué el pueblo argentino de entonces, en el Gobierno, « horresco referens »: el hombre para su pueblo y para su época. Pruébalo más que nada su obra de civilización en medio de la barbarie, llevando la administración europea hasta el toldo del salvaje: su amor á la autoridad; sus fueros mismos.

Aquel hombre de ciudad, tal vez el más conspícuo político de su país en su época (no obstante que aparentaba ser, y acaso lo fuera igualmente, el mejor hombre de campo), es una de las más brillantes antinomias de que es tan rica la historia de la agitada Confederación Argentina; de esa Historia grande y raquítica, donde han resplandecido hombres que merecían: la carcel, para purgar sus crímenes, al mismo tiempo que eran acreedores al trono, para gozar de sus apoteosis merecidas. Y es que, como la de aquéllos, la personalidad de Rozas, desbordaba del común molde mediano; y que su temperamento épico, tocaba, sin que su dueño lo advirtiera, en todas las extremidades de la apasionada naturaleza argentina.

En otro medio, habría sido Rozas, fiero conquistador; gran artista; perverso criminal: en aquel caos de anarquía brutal y entre la miseria ambiente en que respiraba su infancia el enfermizo país, solo debe verse en él un violento y desesperado hombre público, muy desacertado, que rodó hasta el crimen mismo rebotando de equivocación en error y de angustia en agonía.

La violencia de los odios políticos, ó el em-

peño de la defensa á toda costa, agitando sus temperamentos líricos (como de buenos latinos, vehementes hasta el arrebato, olvidadizos hasta la complicidad), ha extraviado la mayor parte de los historiadores argentinos, en sus juicios, con respecto á la figuración y al carácter de la obra de Don Juan Manuel Rozas. Y es curioso que, tal vez el más hondo y más altamente inspirado de los poetas pensadores argentinos, el eminente Don Esteban Echeverría, se haya mostrado, con relación al tirano, menos *poeta* (empleando aquí la palabra en el sentido despectivo en que hace de ella uso el vulgo), que la mayor parte de los coronistas nuestros. El menos *poeta* de todos, era el que únicamente era mirado como tal: y hoy hallamos más doctrina y más ideas prácticas, en una página del poeta, que en toda la obra de los prohombres y los estadistas que combatían al tirano.

Ayer, no más, uno de los más modernos historiadores de aquella época, resumiendo sus observaciones, decía:

« La inmensa mayoría del país estaba con Rozas » (Téngase en cuenta que esto pasaba en época en que no sólo no eran en el país, to-

dos, gauchos, sino que hasta los que se diputaban de tales, eran, para su época, ó letrados ó de encumbrada alcurnia. Contados son en ese ciclo de la historia nuestra, los hombres que, por *gauchos,* llegaron á ocupar puesto encumbrado). « Y las consecuencias, agrega el historiador, no podían ser sino las que fueron: la guerra, las confiscaciones y las proscripciones, en todas las provincias argentinas. Tucumán, Mendoza, Catamarca, principalmente, imitando al « Defensor de la santa causa americana », dictan decretos poniendo fuera de la Ley á los unitarios, declarándolos en alguna, « locos », y las matanzas siguen. »

Puesto, yo, en el punto de vista de la serena Poesía, creo que, ya que los historiadores argentinos, visten sus juicios con el velo de oro, á las veces sangriento, de las sensiblerías *poéticas,* los verdaderos poetas del Plata, debieran ya para gloria suya, calzar el olvidado coturno de Temis; podrían ir así, con los pies inmunes, en las incursiones que hicieran por los campos de las pasadas edades de nuestra patria; y sus cantos tendrían el atractivo de la belleza y el de la verdad. Tal vez ello ocurra cuando logremos poseer poesía nacional; y cuando nos despierte

menos ardiente apetito la recalentada mixtión de la cocina extranjera. Ya entonces, todos, en vez de llorar con los Jeremías y Jenofontes que nos nazcan, sabremos regocijarnos sin sensiblerías, de hipocritas ó superficiales, de que nuestro « *Quatre-vingt-neuf* » haya bañado en sangre fecundizante la cuna, que entre revoluciones mecimos, de nuestra propia nacionalidad, y de que no hayamos tenido que mecer como el pueblo de otros países, el lecho nupcial que, nuestra nación ya formada, comparte hoy con el genio del Progreso. ¡Felices los niños á quienes castiga, educándolos, el vigorizante Destino!

Benditos, una y mil veces, sean aquellos asesinatos bárbaros, todos, que dieron por doloroso resultado esta grandeza reflexiva, notable ya en nuestra edad; esta repelencia de las discordias civiles; y esta prudente previsión de abuelos, de que estamos dando pruebas en la contienda pacífica á que nos arrastran las ambiciones de Chile. Toda esta gloria presente (¡que lo es!) y que, á pesar de sus magnitudes, toma apenas el carácter de un simple anuncio (tal apunta la frondosidad del resultado ya entrevisto), no es otra cosa que la semilla de sacrificio y dolor, sembrada por aquellos brutales se-

gadores de hombres de que neciamente solemos avergonzarnos; por aquellos fuertes, que, lo mismo la quitaban, que entregaban su vida por sostener una idea! Buena ó mala, alguna idea tenían los caciques del Interior; como la tenía el mismo Rozas. Y cuando depurados por el tiempo, se aquilaten las acciones de aquellos hombres, que todos nos hemos habituado á mirar como los representantes de la barbarie y el crimen (¿que país contó entre sus fundadores menos bárbaros y criminales que el nuestro?) la hora será llegada de las grandes reivindicaciones; y contemplaremos, á la luz de la verdad, á aquellos hombres! Y seran suaves y grandes sus figuras, en relación á las de otros tan violentos y sangrientos edificadores de pueblos. Entonces será la hora de la Epopeya y de la Historia nuestras!

Todo es eficiente y todo es bueno en la artesa moral en que se acrisola y se panifica lo pasado: todo hecho, áspero ó pulido, es una piedra necesaria en el colosal edificio. La maldad es lección, como lo son las virtudes. Y la maldad no es maldad para la Historia, sino cuando ella es suma: cuando forma los sumandos se la cuenta como error.

¿ Quién nos asegura que, sin aquel chubasco de sangre, habríamos llegado á la repugnancia que sentimos, todos, hoy por las contiendas civiles; y á estimar y respetar la vida del ciudadano como se la estima y respeta en los pueblos europeos?

¿ Á qué buscar determinismos y moralidades fáciles y al menudeo, cuando la moral grande y brutalmente genuina está en el conjunto y en el resultado de la obra? ¿ Agacharíamos hoy el cuello á la coyunda que nos unciera un mandón? ¿ Y son menos asesinatos y menos barbarie, lo que se comete, hoy mismo, con millones de proletarios, ahogados por la rapacidad de los impávidos capitalistas, en países que nos sirven de modelos? ¿ Y el salteamiento de pueblo á pueblo, en el Transvaal; y la gran vergüenza universal de los saqueos de China? Día llegará en que nuestros pobres y patriarcales caciques, pudieran ser citados como ejemplos, á los criminales aplaudidos y honrados, hoy, por el mundo entero!

Pero hasta estos mismos inmensos pastores del crimen tienen atenuación para su error. Un hombre, por más poderoso que sea, no puede desencarrilar á un pueblo: llámese Ro-

zas; llámese Calígula; sea un San Martín; sea un Aníbal; es el conducto solamente por donde pasa el metal ardiente que, fundido, levantará la inmensa fábrica: es el pastor, es el conductor del pueblo; él lo encauza y llega hasta detenerlo; pero no lo transforma; no cambia lo bueno en malo: no es Dios; es hombre. No es, el pueblo, frágil máquina, que se desmonte con meterle una barra de acero entre las engranadas ruedas: el hombre es de hoy; el pueblo es de siempre. Su psicogonia no elimina ni lo bueno ni lo malo: como esos venenos que muy batidos pierden parte de sus propiedades toxicóforas, las agrupaciones humanas desgastan y dulcifican sus asperezas con las revoluciones; y entonces, lo que se llamó barbarie, se resuelve en dignidad. Italia se enorgullece de la barbarie romana: la tremenda Galia es el blasón francés; y las naciones modernas aguzan con la vida, la pupila, para poder discernir entre la sangre, los aciertos, y los crímenes, cuáles son los menos manchados de sus prohombres para erigirles estatuas!

El poeta no *puede* ver solo la maldad, en los actos de los malos, si los hay; ni la sola bondad en los de los buenos, si es que existen: de que

sienta como los mejores, y de que se impresione como tal, bajo la fiebre creadora, no se infiere que, abstraído de la realidad, vuelque en los troqueles del Arte, materia para fenómenos. Nadie ha sido, ni es, bueno ni malo, del todo!

Para el autor de este libro, el Doctor Maza, muriendo asesinado, cumple como bueno; su victimario, fuere quien fuere, si creyó hacer bien, asesinándole, cumplió también como bueno (allá se las arreglará con Dios); el que mata, no es más victimario que el que muere, si éste, por una ó por otra causa, lo precipitó al homicidio. Yo no sé darme cuenta exacta de lo que entreveo, enceguecido por los brillos de la inmanente Justicia; pero, si hubiera de envidiar al muerto, llegaría también á envidiar al matador convencido. En cuanto á matar por matar, esa monstruosidad está fuera del alcance de la comprensión de mi espíritu.

Cuando la atmósfera política llega á caldear los cerebros de tal manera que la sanción moral queda atrofiada en el del pueblo, vienen á la tierra, y la devastan ó revuelven, ya envueltos en su velo de perdón, los Marat y los Torquemada; pero solo en calidad de fuerzas brutas. Propulsores necesarios, son como esos cata-

clismos, que, después de la irresponsabilidad de sus devastasiones, dejan, al fin y al postre, sobre el suelo transformado, el fermento que fecundizará las tierras que desolaron. Y para quien, como el poeta, todo lo mira de la insuperable altura de la bondad, no hace mejor obra el sedimento que allega el polvo craso y bienhechor, que el violento cataclismo. El dolor también procrea, y de su cruzamiento con el placer salen los grandes caracteres.

De que, naturalmente, sea más simpática la noble figura de un Camilo Desmoulins, ó de un Andrés Chenier, (el cual parece una sombra de idealidad), que las siluetas vibrantes de un Dantón, ó de un Robespierre, no se puede inferir, impulsado por una moral presbítica, que la nación deba solo sus bienes á los llamados « suaves », y tan solamente sus males á los llamados « violentos ».

Pero si es que existen los verdaderos é inapelables actos criminales, merecen más que nada, nuestros ruegos. Harto castigo tienen los que delinquieron, con la perpetuación, inflexible y casi vengativa de la no siempre insospechable Historia. Sus acciones descarnadas, son suficiente castigo; y no puede ser necesaria, para la edi-

ficación del espíritu público, otra sanción, que, aquella benévola é innata, que, el hecho en consonancia con nuestra vibración interior, haga brotar desde el fondo de la piadosa conciencia en el alma del patriota.

F. S. y C.

París, 25 de Mayo de 1902.

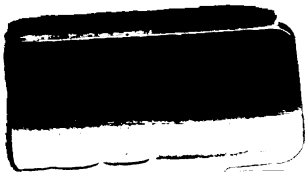
INDICE

I. Visión del Poeta.. 9
II. Ambiente de bondad. 19
III. La jauría. 33
IV. El Jurado. 41
V. La acusación. 51
VI. Remordimiento. 87
VII. Veredicto del silencio. 101

POST-SCRIPTUM

A quien hubiere leído. 113

CHARTRES. — IMPRENTA DE DURAND, RUE FULBERT.



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024544391

0 5917 3024544391